



CONSEJO EDITORIAL

Editores

Josy Aguilar
Inmaculada Barranco
Juan Barroso
José Antonio Durand
Ángel González González
José Gutiérrez-Llama
Carlos Hidalgo Villalba
Elisa Luengo
Emilia Oliva
Elena Rozas
Juan Pablo Varela

Asistencia Editorial

Víctor Cáceres A.

PORTADA



“Abstracto Navideño”
Ana ROMERO
México

EDITADA EN

Alemania - Andorra
Argentina - España
EEUU - Francia
México - Puerto Rico -
Uruguay

Contenido

1.- Especiales

5

10.- Introducción – José GUTIÉRREZ-LLAMA (5)

11. ARTÍCULOS:

- a) “Paloma de la paz, un poema para Navidad” – Germain Droogenbroodt (9)
- b) Un adiós y una bienvenida – José GUTIÉRREZ-LLAMA (10)
- c) Recopilación de minificciones – Rolando REVAGLIATTI (14)
- d) Lapidario cincel lugoniano – Fernando SORRENTINO (17)
- e) Dos textos del blog: “El frío” y “La felicidad” – Manuel JULIÁ (21)
- f) “Las olas” de Virginia Woolf – Matías ESCALERA CORDERO (25)
- g) “Cómo gravitaba la blanca nube en el cielo” – Pedro Luis IBÁÑEZ-LÉRIDA (27)

12. NOVEDADES EDITORIALES:

- a) *Infamélica*, poemario de Rolando Revagliatti – Simón ESAIN (29)
- b) *La casa del diablo*, de Nicolás Vila Ortiz – Virginia GIACOSA (34)
- c) *La hierba entre adoquines*, de María Paz Hidalgo – Ana Isabel ALVEA SÁNCHEZ (41)

13. TEXTOS VARIOS:

- a) La sombra de Caperucita es alargada – Bárbara MUÑUMER (45)
- b) Dos cuentos: “Cuento de Navidad” y “El viajero” – Vicente RENDÓN ARJONA (50)

2.- En pocas palabras

56

21.- Secretos – Elena González (56)

22.- Sangre de mi sangre – Elena GONZÁLEZ (58)

3.- Entre cuentos

61

31.- Amigos en el bar – Alejandro Emilio RAMÍREZ RAVELO (61)

32.- Sol de invierno – Guillermo TORRES (64)

33.- La bruja, el pueblo y yo – Karina CERVANTES CAZARES (69)

34.- No molestar – María Luisa TOUS FAJARDO (71)

35.- Una nueva dimensión – Antonio BELIZÓN REINA (75)

4.- Entre ensayos y tanteos

79

41.- Ensayito laboral – Rebeca Fernanda PÉREZ PÉREZ (79)

42.- El desierto como símbolo en leopardo al sol de Laura Restrepo – Manuel Felipe ÁLVAREZ-GALEANO (85)

EN SENTIDO FIGURADO

Año 19 Número 1
Noviembre/Diciembre
2025

Es una publicación de:
José Gutiérrez-Llama

Es una revista literaria de
publicación bimestral de
difusión vía red de cómputo.

Blvd. Adolfo López Mateos
314, Colonia Tlacopac.
C.P. 01049 México, D. F.
MEXICO.
Tel: (52.55) 54.81.55.61.
www.ensentidofigurado.com

Reservas de Derechos al
Uso Exclusivo No. 04-
2011-082909412300-
203. ISSN: 2007-0071. Esta
publicación se terminó de
editar el 22 de diciembre
de 2025.

Las opiniones expresadas
por los autores no
necesariamente reflejan la
postura del editor de la
publicación.

El contenido de los textos es
responsabilidad del autor.
EN SENTIDO FIGURADO los
incluye en apoyo a la
libertad de expresión y el
respeto a la pluralidad.

Queda estrictamente
prohibida la reproducción
total o parcial de los
contenidos e imágenes de la
publicación sin previa
autorización de EN SENTIDO
FIGURADO.

Publicación sin fines de
lucro que no admite
patrocinios y es sufragada
con recursos propios.
PROHIBIDA SU VENTA.

5.- Palabra en verso

91

- 51.- Rebelión en la ciénaga – Ángel GONZÁLEZ GONZÁLEZ (91)
- 52.- Réquiem para María noche – Argentino MOREIRA RAMOS (93)
- 53.- Babel – Jorge Emilio BOSSA BERETTA (95)
- 54.- Gritar o callar – Luciana LANGONE (97)
- 55.- Abundancia verdadera – Damián Jerónimo ANDREÑUK (98)
- 56.- Hombre anclado en la arena – José Agustín GERMÁN HERVIS (99)

6.- Academia Literaria de la Ciudad de México

100

- 61.- El bolero de Aquiles – Adrián DÍAZ BARRIGA CHÁVEZ (100)
- 62.- No te quedes tan callado – Esther TIRADO (103)
- 63.- Mis lágrimas – Leví GARCÍA MORALES (106)
- 64.- En el país de la abundancia – Antonio SAADE (108)
- 65.- El acuerdo – César NAVAGÓMEZ (111)
- 66.- La huella del último amanecer – Patricia SÁNCHEZ F. (114)

7.- Cine desde el diván

122

- 71.- La vida de Chuck – Carlos HIDALGO VILLALBA (122)

8.- Galerías

126

- 81.- Poesía Visual: Muestra de Toni PRAT (126)

Nota: Salvo que se haga mención específica, todas las imágenes de este número han sido obtenidas de www.google.com

GRACIAS POR COMPARTIR ESTOS AÑOS

Porque creemos que la belleza
puede ser un medio capaz



ponemos a tu alcance nuestro proyecto
LETRAS SOLIDARIAS

MUCHAS ORGANIZACIONES REQUIEREN DE TU AYUDA



<https://www.unicef.org/>



<https://www.msf.org/>



<https://www.amnesty.org/es/>

Ayuda con seguridad a través de la página oficial de cada organización

ensentidofigurado

CONTACTO:



en-corto@ensentidofigurado.com.mx
suscripciones@ensentidofigurado.com.mx



facebook

[https://www.facebook.com/search/top?q=en%20sentido%20figurado&locale=tl PH](https://www.facebook.com/search/top?q=en%20sentido%20figurado&locale=tl_PH)

INTRODUCCIÓN

*"Somos la memoria que tenemos
y la responsabilidad que asumimos."*

— José Saramago

Todo adiós, aun el más sereno, deja una estela invisible. Algo así como una grieta leve en el aire, un silencio que no se nombra pero que insiste. Decir adiós no es solo cerrar una puerta: es aceptar que algo —una voz, una presencia, una costumbre compartida— ya no ocupará el mismo sitio en nuestra cotidianidad. Y aunque a veces los adioses lleguen acompañados de bienvenidas, aunque una nueva mano se tienda, amable y generosa, la nostalgia no se deja sobornar con facilidad. Permanece ahí, discreta pero fiel, recordándonos que todo comienzo arrastra consigo una forma de pérdida.

No se trata, sin embargo, de oponer la melancolía a la alegría, ni de medir cuál pesa más. Ambas conviven. La llegada de alguien nuevo —una amiga, una mirada fresca, una voz que se suma al coro— no cancela el eco de quienes estuvieron antes. Más bien lo amplifica. La alegría no borra la ausencia; la ilumina desde otro ángulo. Y quizá en ese equilibrio inestable, entre lo que se va y lo que llega, se construyen los proyectos que perduran: aceptando que el tiempo transforma, desplaza, pero también regresa, de maneras inesperadas, aquello que creíamos perdido.

Este número de aniversario se inscribe precisamente en esa lógica del tiempo que avanza sin renegar de su memoria. Con él damos

inicio al décimo noveno año de una revista que ha logrado sostenerse no solo por la calidad de sus contenidos ni por la confianza generosa de sus lectores, sino —y sobre todo— por la participación incondicional, diligente y profundamente talentosa de quienes forman parte integral de este proyecto. Personas que, día con día, lo cuidan, lo cuestionan, lo fortalecen y lo empujan a ser mejor. A todas ellas: Inma Barranco, Cony Pedraza, Juan Pablo Varela, Ángel González, Emilia Oliva, Elisa Luengo, José Antonio Durand, Carlos Hidalgo y toni pratt, mi gratitud sincera, sin adjetivos innecesarios, pero con pleno reconocimiento.

Diecinueve años no son una cifra menor en el ámbito cultural y literario. Implican constancia, fe en la palabra y una obstinación casi amorosa por seguir apostando por el diálogo, la creación y el pensamiento crítico. Implican también noches de duda, silencios largos, decisiones difíciles y, aun así, la voluntad de continuar. Si esta revista sigue viva es porque ha sabido ser, al mismo tiempo, espacio de encuentro y territorio en movimiento.

Hace unos días, como si el tiempo hubiera decidido guiñarnos un ojo, recibí un correo de mi querida Emilia Oliva, una de las fundadoras de este proyecto. Sin darse cuenta —o quizá obedeciendo a una secreta intuición— aquel mensaje iba dirigido también a muchas viejas direcciones de correo: nombres que remiten a los primeros años de esta aventura editorial, a quienes iniciamos este camino hace casi dos décadas y que, por razones personales o vitales, debieron alejarse del día a día de la revista. Alejarse, sí, pero no del todo.

La respuesta fue inmediata. Y, sobre todo, estuvo cargada de cariño. De ese afecto que no caduca, que no necesita presencia constante para mantenerse intacto. Fue entonces cuando confirmé que los proyectos verdaderamente significativos no se disuelven con la distancia: se transforman en memoria viva, en complicidad silenciosa.

Vaya desde aquí mi abrazo más sincero y el mejor de los recuerdos para Elisa Luengo, Vilma Reyes, Judy García Allende, Montserrat Tomás, Gloria Valdés-Bango, Valeria Tittarelli, Ana Isabel Alvea, Pedro Herrero, Enrique Sánchez Sotelo y Josep Vilaplana. Cada uno de ustedes forma parte de la historia íntima de esta revista; de ese tiempo en que anduvimos juntos, creyendo —quizá sin saberlo del todo— que la literatura también se construye con afectos.

Este número celebra lo que somos hoy, sin olvidar lo que fuimos ni a quienes nos ayudaron a serlo. Que estas páginas sean, entonces, un gesto de gratitud, una bienvenida constante y un adiós que no duele tanto porque sabe que, en la memoria compartida, nadie se va del todo.

En fin...

Iniciamos los especiales con nuestros mejores deseos de que pasen unas felices fiestas y que el año 2026 esté lleno de cosas buenas. Esta vez, lo hacemos a través de un hermoso poema de Germain Droogenbroodt, titulado *Paloma de la paz, un poema para Navidad*.

Seguimos con una breve, pero muy sentida despedida para nuestra compañera durante diez años, Cony Pedraza, quien comandó con enorme talento, la sección de cuentos (entre muchas otras funciones en los premios y proyectos literarios) y damos la más cordial bienvenida a otra querida amiga, Josy Aguilar, quien tomará la estafeta.

Hacia adelante encontramos una recopilación de minificciones que nos ha hecho llegar nuestro querido Rolando Revagliatti y, desde luego, los fantásticos y acostumbrados artículos de Fernando Sorrentino, ahora con *Lapidario cincel lugoniano*. Dos textos del blog de D. Manuel Juliá, titulados *El frío* y *La felicidad*. Dentro de la serie de finales alternativos a historias y relatos que forman parte

del canon occidental o castellano, que nos regala Matías Escaleta, en esta ocasión te presentamos *Las olas*, de Virginia Woolf. Para concluir el apartado de artículos, encontrarás, de Pedro Luis Ibáñez Lérica, *Cómo gravitaba la blanca nube en el cielo*.

Respecto de las reseñas literarias: *Infamélica* de Rolando Revagliatti, por Simón Esain, *La casa del diablo* de Nicolás Vila Ortiz, por Virginia Giacosa, y *La hierba entre el adoquín* de María Paz Hidalgo, por Ana Isabel Alvea Sánchez.

Terminamos los especiales con algunos textos varios: *La sombra de Caperucita es alargada* de Bárbara Muñumer y dos cuentos (*Cuento de Navidad* y *El viajero*) de José Vicente Rendón Arjona.

El resto de la revista, llena del colorido, variedad y la exquisitez que acostumbra.

Ojalá resulte de tu agrado.

José Gutiérrez-Llama
Editor General

Con nuestros
mejores
deseos...

¡FELICES
FIESTAS
2025-26!



Pintura de Pablo Picasso

Paloma de la paz un poema para Navidad

Tras las suaves ondas del mar
pinta al despuntar el día
sobre el lienzo del horizonte
las más bellas imágenes

y el viento
que antes fue salvaje y áspero
acaricia ahora suavemente
el verde ramaje de los árboles.

Un pájaro de alas blancas
pasa aleteando ruidoso.

A dónde, aún no lo sabe.

Germain Droogenbroodt

Traducción del autor y Rafael Carcelén

de "**Frágil Equilibrio**"

Notebook *poiesis*, Chile 2025

UN ADIÓS Y
UNA
BIENVENIDA



José Gutiérrez-
Llama
México

Un puente entre dos editoras: despedida a Cony Pedraza y bienvenida a Josy Aguilar

Noviembre de 2015. Aquel mes en que el mundo seguía conmovido por los atentados de París, cuando Europa debatía las olas migratorias, la NASA anunciaba avances sobre la exploración de Marte y la literatura celebraba el reciente Nobel de Svetlana Alexievich, llegó a nuestras páginas una editora que —sin saberlo entonces— cambiaría la manera de contar los cuentos en En Sentido Figurado. En ese mundo convulso y luminoso a la vez, donde la cultura buscaba abrir espacios de diálogo y resiliencia, **Cony Pedraza** entraba silenciosa, discreta, pero radiante, a hacerse cargo de la sección de cuento. Tomaba la posta de Puerto Gómez Corredera y Christian Peytavy, y desde su primer día supimos que la sección quedaba en manos firmes, sensibles y talentosas.

Porque Cony nunca fue solo una editora: fue brújula, fue oído atento y fue esa presencia que sabe encontrar la veta narrativa incluso en los textos más tímidos. Proveniente de Tacámbaro, formada en Michoacán y arraigada en Querétaro, Cony llegó con una trayectoria tan diversa y humana como su propia escritura. Dentista de profesión, voluntaria incansable, tallerista, ganadora de concursos, discípula del maestro Eduardo Parra y promotora

incansable de la literatura para ciegos y débiles visuales, traía consigo una mezcla inusual de sensibilidad, rigor y generosidad. Aquella semblanza que en su día publicamos, hoy cobra un nuevo brillo: resume no solo quién era, sino quién terminó siendo para nuestra revista.



Mi muy querida Cony Pedraza
cuando recién se unió al proyecto

Durante diez años, Cony sostuvo esta casa con un pulso propio: seleccionó, afinó, pulió, acompañó. Dio voz a narradores emergentes, cuidó a quienes ya tenían camino recorrido y sostuvo el espíritu de esta sección incluso en tiempos difíciles. Su labor fue discreta, constante y profundamente amorosa. Los que trabajamos con ella sabemos que en cada cuento publicado había una parte de su corazón, de su terquedad luminosa y de ese compromiso que nunca presume, pero siempre se nota.

Hoy, al despedirla de esta etapa —que no de nuestro afecto ni de su presencia en la literatura—, solo cabe decir: **gracias, Cony**. Gracias por tu paciencia, por tu mirada limpia, por tu defensa del

cuento como un territorio donde todo cabe y todo importa.

Gracias por una década que deja huella.

Pero la literatura, como la vida, siempre abre nuevas puertas. Y este número trae consigo una de ellas.



Mi igualmente querida, Josy Aguilar

Con enorme entusiasmo presentamos a **Josy Aguilar**, quien a partir de hoy asume la edición de la sección de cuentos. Escritora, poeta, promotora cultural, editora con amplia experiencia, jurado en numerosos certámenes, voz activa en foros nacionales e internacionales, y autora de una obra que transita con solvencia de la poesía a la novela, Josy llega con una trayectoria sólida y vibrante. Su paso por espacios emblemáticos como el Palacio de Bellas Artes, la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería, el Zócalo capitalino, Coyoacán y diversas ferias y congresos internacionales, así como su presencia en más de un centenar de antologías, hablan de una creadora que se ha abierto camino con rigor, constancia y una vocación inquebrantable por la palabra.

A ello se suma su experiencia editorial: mirada fina, disciplina y una comprensión profunda del trabajo curatorial que exige una sección literaria. Josy pertenece a academias, consejos editoriales y colectivos culturales que reconocen en ella no solo a una autora prolífica, sino a una impulsora del talento ajeno, a alguien que sabe leer desde la empatía y acompañar desde la profesionalidad.

Su energía, su sensibilidad y su visión serán, sin duda, una nueva chispa para la sección. Su llegada no solo renueva nuestro entusiasmo: confirma que esta casa literaria continúa creciendo, extendiéndose y dialogando con nuevas voces. A ella le damos una **bienvenida con bombo, platillo y confeti editorial**, seguros de que traerá frescura, rigor y esa intuición literaria que distingue a quienes aman la palabra.

Hoy cerramos un ciclo y abrimos otro. Cony deja una herencia que honraremos siempre; Josy inicia una etapa que celebramos con alegría.

A ambas, gracias.

A la literatura, como siempre, la última palabra.

RECOPIACIÓN
DE
MINIFICIONES

Rolando
REVAGLIATTI
Argentina



REDACTOR

El chico que no habla es el hijo único de su fallecida única hija, y de su también fallecido yerno. Lo crió ella, viuda, al chico que no habla, su nieto. Es el chico que no habla quien redacta el breve texto que se inicia con: *"El chico que no habla es el hijo único de su fallecida..."*.

*** **

HUIR

Claro que pensó en huir, harta de padecer la torpeza de los golpes de esa especie de marido colérico, de pésimo vino y borbotones de sevicia. También pensó en huir cuando su hijo cayera muerto por una bala *perdida*, entre los cohetes y petardos detonados por los chicos y adultos del barrio, después de transcurridos veinte minutos del año nuevo.

Pensó. Hasta que dejó de hacerlo. Después de veinte años la vieja sigue, loca, letárgica. Sigue huyendo.

*** *** ***

EN LA MIRA

Linda mina, lindo tipo de hombre, se sienten cómodos en sus cuerpos flacos, debajo de sus abundantes cabelleras, encima de sus principescos pies.

Señor gordo, calvo, con juanetes, desencantado y empuñando una Magnum 44. Apunta (no sin fastidio).

*** *** ***

PACTO

Alguien-Que-Merdeciera-Llamarse-Lulú conoció, sin procurarlo, a La-Muerte-Que-Te-Alcanza, en un crepúsculo del mil setecientos. Importa consignar que, esencialmente, a la primera le disgustó la segunda, mientras que la segunda simpatizó con la primera. Por completo de acuerdo, se arrancaron los ojos.

*** *** ***

CUENTO CORTO

En sus cuentos —me refiero a mi hija—, que son breves, hay misterio, suspenso. Y siempre mata a alguien. Acababa de leerme el último, y en ese, moría el protagonista. Le pregunté: "*¿Por qué no hacés que siga vivo?*" Ella me explicó: "*No me salía, no sabía cómo continuar, me cansé y, además, ya estuve mucho rato*". Le sugerí: "*Seguí escribiéndolo mañana*". Adujo: "*No; porque es un cuento corto*".

*** **

NIMBO

Enorme y bueno. Trabajaba y residía en un taller mecánico. Entre sus pertenencias figuraban un colchoncito con cotín engrasado como él y unas frazadas asquerosas. Dos gatos dormían a su lado. Cocinaba huevos y sopa y se calentaba mate cocido con una garrafa. A los chicos del barrio les producía curiosidad. Un día, ese hombre que se trasladaba bamboleándose, que sonreía y silbaba, que apretaba con los dientes un toscano, ese hombre de paz, muerto, apareció nimbado, semi-empotrado en un pilar, incapible, limpio, con alígero nimbo de barniz selenita.

LA BELLEZA DE LOS
LIBROS

LAPIDARIO
CINCEL
LUGONIANO

Fernando
SORRENTINO
Argentina



El poema "**La cautiva**", de Esteban Echeverría (1805-1851), se publicó por vez primera en el volumen *Rimas* (1837). La composición está dividida en diez cantos titulados "El desierto", "El festín", "El puñal", "La alborada", "El pajonal", "La espera", "La quemazón", "Brian", "María", "Epílogo".

Según la moda romántica, el autor se prodiga en epígrafes ("Cita o sentencia que suele ponerse a la cabeza de una obra científica o literaria o de cada uno de sus capítulos o divisiones de otra clase", DRAE). La portadilla lleva un epígrafe, y uno cada uno de los cantos, con excepción del noveno, que lleva dos, lo cual hace un total de doce epígrafes.□

UNA LLANURA POLIGLOTA

Además de su intención en cierto modo decorativa, esos breves textos dibujan, por un lado, una especie de mapa de las lecturas de Echeverría, y, por el otro, nos revelan que el autor leía, o afirmaba leer, al menos en inglés, francés e italiano.

He aquí la enumeración de las cuatro lenguas utilizadas, los diez autores y los doce epígrafes.

* Italiano. Tres autores y cuatro epígrafes: Dante Alighieri (dos citas), Alessandro Manzoni y Francesco Petrarca.

* Inglés. Un autor y un epígrafe: George Gordon Byron.

* Francés. Tres autores y cuatro epígrafes: Victor Hugo, Alphonse de Lamartine (dos citas) y Antar. (1)

* Español. Tres autores y tres epígrafes: Pedro Calderón de la Barca, Agustín Moreto y un innominado. (2)

“La cautiva” es la primera obra literaria argentina cuyos temas son el indio y la llanura, motivos telúricos que parecen entablar litigio con la profusión de epígrafes políglotos.

A pesar de la opinión del propio Echeverría ("El desierto es nuestro, es nuestro más pingüe patrimonio, y debemos poner conato en sacar de su seno, no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar, sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura nacional"), confieso que 'La cautiva' no es mi texto de cabecera.

CINCEL EN MANO

Tampoco lo era de Leopoldo Lugones (1874-1938). En el capítulo VII de *El payador* (1916) comenta:

"[Echeverría adoptó para expresarse] una décima de su invención, tan destartada como ingrata al oído. Recuérdese la primera, verdadero párrafo de prosa forzada a amoldarse en forma octosílaba, sin contar la violenta inversión de sus tres primeros versos. (...)".

He aquí la vilipendiada décima:

**Era la tarde, y la hora
en que el sol la cresta dora
de los Andes. El desierto
inconmensurable, abierto
y misterioso a sus pies
se extiende, triste el semblante,
solitario y taciturno
como el mar, cuando un instante
el crepúsculo nocturno
pone rienda a su altivez.**

Es verdad que en estos versos confluyen cierto tropiezo y algún laberinto, pero acaso no sean tan graves si los comparamos con los entusiastas jeroglíficos y los angustiados mamarrachos incomprensibles de no pocos "poetas metafísicos" de los siglos XX y XXI.

En fin, por las razones que haya tenido, Lugones los sentenció a muerte y, una vez ejecutada la sentencia, grabó sobre la tumba de 'La cautiva' este duro epitafio:

"Imposible decir peor las cosas. En esa sola estrofa, el desierto está calificado por seis adjetivos igualmente pobres: inconmensurable, abierto, misterioso, triste, solitario y taciturno. La siguiente empieza con cuatro versos tan mal dispuestos, que, cambiándolos de posición, resultan mucho más soportables:

**Gira en vano, reconcentra
su inmensidad (?) y no encuentra
la vista, en su vivo anhelo,
do fijar su fugaz vuelo.**

Habría que hacer del tercer verso el primero, del primero el segundo y del segundo el tercero, para que resultara menos malo. Y todo el poema adolece de igual miseria. Es sencillamente lamentable". (3)

En este punto don Leopoldo se aleja, conservando en su diestra mano el lapidario cincel con el que acaba de consignar, sobre el mortuario mármol, el epitafio que acabamos de leer.

(1) Yo ignoraba quién fuera Antar. Pero el propio Echeverría lo explica en su nota 13: "Antar: célebre poeta árabe, de quien M. de Lamartine cita algunos fragmentos en su viaje a Oriente: de ellos se ha tomado el tema que encabeza este canto".

(2) No he logrado averiguar la identidad del autor del epígrafe "Fallece esperanza y crece tormento". Arriesgo la conjetura de que tal vez sea la traducción que realizó Echeverría de algún pasaje en otra lengua.

(3) ¿Hacemos la prueba?: "La vista, en su vivo anhelo, / gira en vano, reconcentra / su inmensidad y no encuentra / do fijar su fugaz vuelo". Es verdad: un poquito mejoró, pero el esquema de rimas (aabbcdedec) dispuesto por Echeverría quedó descalabrado.

Diario La Prensa, de Buenos Aires, el 9 diciembre de 2021.

DOS TEXTOS
DEL BLOG



Manuel JULIÁ
España

EL FRÍO

Como la cadencia de la prosa de John Connolly, o los poemas melancólicos de Rubén Darío, se va yendo el otoño. Echo en mis alforjas de bruma el abrigo de la sombra, que llega el invierno. Echo mi soledad y mi alma inquieta por la ventana de una noche, cuando el viento anuncia que llega desde los polos a ocupar el cielo. Los que hemos nacido en Puertollano tenemos una infancia que se desparrama por la piel soltando cubitos de hielo. Jamás, y he estado en Finlandia a 27 grados bajo cero, cuando anochecía a las tres de la tarde, cuando los neones azules tenían la congelación en sus cristales, jamás he sentido en los poros cobardes de mi piel tanto frío como en mi pueblo minero. He estado en la sierra de Urbasa en enero, donde las piedras lloran de felicidad si le echas el vaho caliente de tu cuerpo. Recuerdo que crucé un túnel y el paisaje se volvió blanco, el aire blanco, las ramas blancas, las piedras blancas, los ojos blancos de la nieve dominándolo todo, un frío que quiebra la garganta y encoge el cuerpo, pero jamás he sentido el frío de ese pueblo entre dos montañas que, cuando traía el aire de los polos, los mismos polos se alegraban de cumplir a fondo su deseo de helar. Aquellas idas al colegio, subiendo desde el valle hasta la falda de la montaña, cargado con tochos y folios y el

bocadillo y el beso de mi madre, que en todo el día se iba, las tengo metidas dentro y en cuanto aparece el frío me sale la infancia por la cabeza. Los andaluces "Ojú, qué frío", dice José Hierro en su poema *Los andaluces*, y ese es el frío que yo siento, también el de Andalucía, porque mi padre era de Andújar y mi madre de Benamejí. El frío de Soria o de León o de Irún, ese húmedo del norte que pone sus uñas en los huesos, y te despiertas con la bronquitis devorándote, ese es duro, pero no tanto como el de mi pueblo. Colgaban de las ventanas chupones que brillaban a anochecer y parecían propios de una cueva prehistórica. Como la prosa del viento cuando amanece así se va el otoño. Como una caricia bella de mi memoria, así va llegando el invierno.

**Publicado el: 23/11/2025*

<https://www.manueljulia.com/articulos/1973/el-frio>



LA FELICIDAD

Y proclamé dichosos a los muertos que se fueron, más dichosos que los vivos que viven todavía. Y más dichosos que ambos son los que nunca vivieron, que no han visto el mal que se hace bajo el sol, escribe Bertrand Russell para indicarnos la existencia del mal. El peor mal es la infelicidad y lo único que he encontrado de ayuda son los buenos libros. Por eso he vuelto a *La conquista de la felicidad*, del filósofo británico. Ahora que ando con la cabeza enmarañada y el corazón ardiendo lo abro esperando el elixir mental que calme mi zozobra. Lo leí en la época universitaria. Releo pues los múltiples subrayados que hice en sus páginas. Intento recordar si me ayudó a ser feliz y recuerdo que lo leí sin tener necesidad de conquistar la felicidad. Entonces pensaba que la felicidad no se conquista, sino que la mezcla de nuestras acciones y el azar lo determina todo. Para Russell sí y para ganar esa batalla se ha de tener una vida tranquila, pues sólo en un ambiente tranquilo puede vivir la auténtica alegría. Además, es más fácil cultivar una mente ordenada que piense en las cosas en el momento adecuado, y no inadecuadamente a todas horas. Las decisiones difíciles hay que tomarlas en cuanto se tengan todos los datos disponibles.

Según Russell para ser feliz hay que reconocer la importancia del disfrute sano y tranquilo en un ideal de vida equilibrado. Algunos piensan que solo son felices quienes tienen una vida apasionante y ponen de ejemplo a los grandes hombres o mujeres. Pero no es así. Sócrates vivió tranquilo con Xantipa dando un paseíto por la tarde. Kant nunca se alejó más de quince kilómetros de Königsberg. Después de dar la vuelta al mundo Darwin se pasó el resto de su vida en su casa. En el amor apasionado, en el cariño paternal, en la amistad, en la benevolencia, dice Russell que encontraremos la felicidad. Y distingue entre amor y sexo, y dice que el primero es una experiencia en la que todo nuestro ser se renueva, mientras que, en el acto sexual sin amor, cuando el placer momentáneo termina, sólo queda fatiga, disgusto y la sensación de que la vida está vacía. Tranquilidad, amor y mente equilibrada son necesarios, según Russell, para ser felices.

**Publicado el: 7/12/2025*

<https://www.manueljulia.com/articulos/1974/la-felicidad>

PROMECAL edita los siguientes diarios:

Diario de Ávila
Diario de Burgos
Diario Palentino
El Día de Segovia
El Día de Soria
El Día de Valladolid
El Día de La Rioja
La Tribuna de Albacete
La Tribuna de Ciudad Real
La Tribuna de Cuenca
La Tribuna de Guadalajara
La Tribuna de Talavera
La Tribuna de Toledo

“LAS OLAS” DE
VIRGINIA
WOOLF



Matías
ESCALERA
CORDERO*
ESPAÑA

El tercero de los finales lo he elegido en homenaje a Ana María Navales, amante estudiosa y admiradora de la obra de la gran Virginia Woolf, y vinculada, de un modo indeleble, a la memoria de TURIA, revista en la que salieron, por vez primera, estos finales; compañera de vida, además, de un buen amigo fiel y entrañable, bueno entre los buenos, en el buen sentido de la palabra, Juan Domínguez Lasierra... Sin contar que *Las olas* es una de las más conocidas novelas de la Woolf, en donde sigue la estela de Joyce, pero de un modo muy suyo, dentro y fuera, a un tiempo, del cerco impuesto por las visibles e invisibles verjas de Bloomsbury. A mí me ha encantado su relectura, como siempre, la verdadera lectura.

*** **

(... al fin Percival...)

*... como Percival cuando galopaba en la India. Pico espuelas. ¡Contra ti me lanzaré, entero e invicto, oh Muerte!...»
Las olas rompían en la playa.*

«... Oh, Susan, qué magnífico escudriñamiento es todo del alma de los seres normales», dice, al fin, Percival, desde la muerte, «y de los

seres especiales, a pesar del miedo, querida Rhoda. Y qué lejos del alma de los trabajadores y de los tenderos, ¿eh, Jinny? Cuánta energía e intensa belleza gastada en mi inútil invención, amado Neville; y qué derroche imperdonable sería depreciarla, esa facilidad para la invención y para las palabras, ¿no es así, Bernard? Aunque nos dé rabia y nos embargue la desazón, sobre todo por ti, Louis...»

» Al fin, yo no soy más que una invención vuestra, como las olas y como los amaneceres y los atardeceres que se supone que vivimos juntos... En realidad, solo apetito, estupefacción y palabras; y también el vaticinio de la Muerte...

*Texto perteneciente a la serie de finales alternativos de *historias* y relatos que han constituido una parte del canon occidental o del castellano.

Publicado en:

<https://matiasescalera.com/3-las-olas-de-virginia-woolf/>

ORIPANDO,
CUADERNO 114

CÓMO GRAVITABA LA BLANCA NUBE EN EL CIELO

*miércoles, 3 de
septiembre de 2025*

Pedro Luis
IBÁÑEZ LÉRIDA
Andalucía
España



Copa de agua y rosa en un plato de plata, de Fernando de Zurbarán

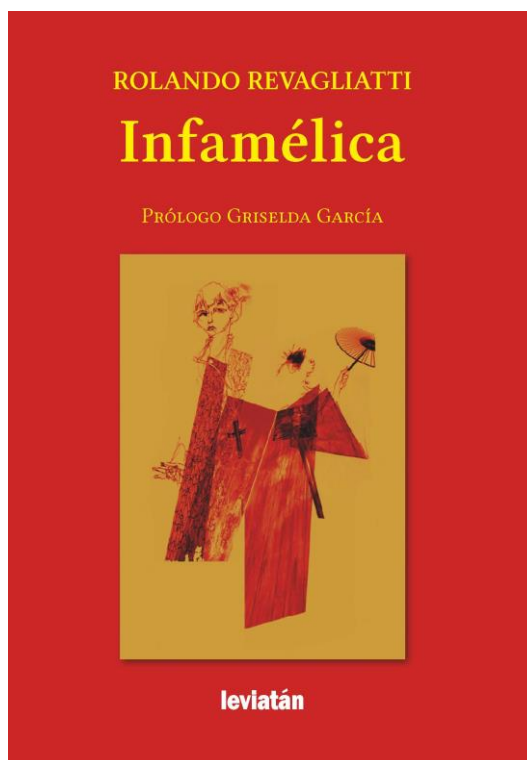
CÓMO GRAVITABA LA BLANCA NUBE EN EL CIELO. Cómo el sendero se deshacía en el sueño. Así me encontraba, persiguiendo el pensamiento que, dos pasos delante de mí, ardía inflamando el silencio. Y cómo sonaban las sienes, redoblando el latido del corazón, misionero de recuerdos. Apenas lo rozaba, se escapaba entre los dedos su hilatura de gasa desprendida. En la orilla del camino, bajo la sombra de la encina fortalecida en su soledad, tu memoria invitaba a aquietar el paso, dejar escapar el instante y sumirse en lo hondo de su misterio.

La obra pictórica de Francisco de Zurbarán, singulariza el arte barroco español con determinación deslumbrante. El misticismo y lo cotidiano se conjugan en el autor pacense, nacido en Fuente de Cantos (1598). Resplandece en el trazo psicológico de los personajes y dota a la materia inerte de matices sobrenaturales. El realismo sobresale del lienzo con la poética del devenir en estado presente. En la bellísima obra «Copa de agua y rosa en un plato de plata» (1630-1635) se trasluce todo su imaginario conceptual y estilístico, produciendo en el espectador el silencio mágico que acontece ante sus ojos. Los tres elementos aparentemente estáticos tiemblan en los reflejos de viveza matizada.

«De paso» (1975) es el título de la obra discográfica de Hilario Camacho que cumple cincuenta años. En él intervinieron el guitarrista y polifacético instrumentista Jean Pierre Torlois, el bajista Quique Santana, el percusionista Javier Estrella, el batería José Antonio Galicia, el teclista Jesús Pardo, y Jorge Pardo en flautas y saxofones.

La voz y guitarra del cantautor madrileño (1948) del barrio de Chamberí, es arrebatadora en claridad, vocalización y entonación. El acusado sentido del ritmo y la cadencia fructifica su interpretación. Entre las canciones de este disco, cuya portada es del pintor Octavio Colis, se encontraba la titulada «El agua en tus cabellos». La letra pertenece a la obra poética «Soledades. Galerías. Otros poemas» (1907), de Antonio Machado. Aunque publicado por primera vez en la revista «Helios», en 1904. con el título «Galerías». La poderosa y cautivadora simbología que encierra es un tránsito de lo material a lo evanescente, de lo onírico a la realidad. Esa otra sentimentalidad impregnada de conciencia en el rescate de lo esencial. La belleza es un canto de esperanza que acompaña a la dimensión y manifestación humana desde las pinturas rupestres a los grafitis. Ser conscientes, en suma, de la ceniza que somos, aventada por un soplo de aire.

INFAMÉLICA,
POEMARIO DE
ROLANDO
REVAGLIATTI



Simón ESAIN
Argentina

CONATO DE ANALOGÍA cómo orbitar a la mujer y no perder la Luna en el intento

A mediados del S. XX algunos muchachos aprendimos qué es orbitar, qué sería un satélite y qué es lo artificial. Y algunos otros muchachos aprendieron psicología. La mujer ya estaba alta ante nuestro deseo, una mitológica Luna irresistible para nuestra cohetería en ciernes.

De algún modo descubrimos que unas fuerzas entran en pugna para que un satélite alcance su órbita y se mantenga en ella, tanto como pretendiéramos cuando pretendíamos acariciarnos contra la anhelada. Cualquiera fuera el modo, pasábamos a preguntarnos de cuántas vueltas requiere una mujer. ¿Y de algunas volteretas? ¿Y qué pasa cuando ella te da vuelta? ¿O cuando se desenrosca? O peor, ¿cuándo se desenvuelve?

De esto no enseñaban mucho los tangos que llegaban vivos a

aquella época. Hablaban de no ovillarse, de desenvoltura, nada de amar desorbitadamente, esa cualidad sólo apreciada en la flamante escuela de aspirantes a astronautas.

Un tanguero Revagliatti se lo dice de entrada, diseñando un portal: ella y yo, socios de una aventura poética, limítrofe, liquidatoria.

Caía bien la psicología al corazón de una ciudad obsedida por la conquista, una otra conquista, la de acá y hasta acá, había sido y sería remedo callejero, propia de patios y veredas, baile nocturno y versos populares.

Era típico de los primeros satélites que se enroscaran y enroscaran hasta reventar. Nuestra generación ignoraba a qué altura había que colocarse para nunca caer.

Si la Luna es irresistible ¿por qué nos era tan injustamente complicado llegar a ella? Hasta a lo largo de una década entera había mucho que aprender para poder estudiarlo. Con cuánto intento y cuánto fracaso. Cuánto proyecto desechado. Cuánto de muchachada insaciable en esta conquista del espacio. Cuánto de simple muchachada al mirarse en el espejo de la Luna y creerselá. Si no se trata de llegar a la Luna, poco vale la pena. Y si se trata de llegar a ella, lo que sea resulta necesario, en Cabo Cañaveral o acá. De cara a ella, el poeta se ofrece voluntario para la conquista; sueña lograr ilusionarla con un hombre, con que el máximo aventurero la haga soñar mirando de cerca las baldosas.

Día tras día, kilómetro a kilómetro, nos fuimos enterando de cuánto sucede alrededor de la base de lanzamiento, proyecto ambicioso siempre listo y argollas orbitales a diversas alturas y velocidades. Lo previo a cualquier lanzamiento es un laberinto de preparativos. El combustible que se descongela impone su nota paradójica. Hacerte el nudo de la corbata y agregarte agua de colonia equivale a que te calcen la escafandra, o dar unos nuevos pasos ya

conectado al tubo de oxígeno. El lanzamiento es un acontecimiento, sobre todo en sí mismo, ese momento de furia, esa maldita eyaculación preconizada. Cada aspirante es un toro que se pretende novio, que es un navío que llega y entra a puerto, ¡y cómo festeja esa entrada! La órbita va estableciendo los rastros del semental, y salpica y mancha. Sucede algo que es un montón de cosas simultáneas, una nave en órbita con la humanidad abajo, los parientes próximos, los interlocutores, los observadores, los calculadores, los escépticos, los de enfrente. Y esa comunión allá arriba que nadie, salvo ellos mismos, puede atestiguar, en la que todos se regodean. Porque todo era en equipo, pero a último momento estás solo al tope de los trámites. Siempre te dejan solo frente a ella, tu pretensión. Y Revagliatti nos recita la afamada cuenta invertida de los últimos diez segundos, cargada con el racconto de éxitos y fracasos, como si cada vez fuera del todo preliminar.

Los candidatos a astronautas hacen fila. Los primeros entrenamientos los conducen a soportar la soledad; los primeros trajes protegen del vacío, las primeras mochilas ayudan a respirar. Borracheras, vómitos. Insomnios y desvelos para convocar al sueño, al sueño de conquista. Cuánto de lance, cuánto de aquellas justas cachetadas en estos poemas.

La Tierra sueña con la Luna, ese tire y afloje que no te despierta. Sus puntos neutros, equidistantes, equilibrantes y el punto de no retorno, el buscado punto G.

Selene es la amante perfecta porque no puede mandarse hacia atrás. Alta y desnuda, a la vista de todo el mundo, así es la lejana, la inalcanzable. Orbitar ¿es otra mujer? Orbitar ¿es femenino? Es muy femenino, pensará un flamante psicoanalista.

Todos los poemas son dichos, en primer lugar, a la Luna.

Pero cuanto la Luna es, resulta que no es ella; más bien parece ser uno. Es distancia, es imprecisión, es inexperiencia, es vaciedad, inseguridad, precauciones, miedo a morir del peor modo: vivos en el alto abandono. Igual a como ella flota, mientras suspiramos. ¿Flota? ¿Y si ya ha sufrido Selene ese pavoroso abandono que amenaza al comedido espacial?

Pero, en cuanto la mujer es, resulta que no es ella, no flota ni vuela, ni se queda quieta para apuntar adónde darle. Los poemas de Infamélica exponen cada circunstancia. Revagliatti es capaz hasta de pedirle que tengan una noche ridícula, casi una lápida para la humanidad.

La que ha sido mujer de astronauta órbita alrededor de su posible viudez. Mientras tanto, en su gran espacio interior el astronauta no copula, comprimido. Se prepara para atropellar (y sin quererlo) una sarta de elucubraciones medievales a cuál más escandalosa y afamada. No copula porque va en procura de establecer y alcanzar una ventana de lanzamiento. Se realizan y preservan los registros, las tablas comparativas, la homologación; todo eso que acá arriba no es orgásmico.

Aquel teatro del embutido en su nave espacial no puede ser expandido al gran escenario. Aquella almohada atormentada del que repasa sus cantidades no puede ni debe ser expuesta bajo fanales. El relato es un susurro íntimo (poético) bajo la escafandra. Al menos, podremos acceder a la versión legendaria del que viajó a la conquista de Selene a bordo del diván. Los retortijones del combustible que lo impulsa no sirven como música de fondo. En el intenso silencio cósmico, códigos, escafandra y almohada son irremplazables. En Infamélica asistimos a varias amargas confesiones: caeremos.

Al fin y al cabo, la famosa ella es una muerta de hambre, una posible paciente más.

Dice el poeta que dice el facultativo, que dice el astronauta:

*No hay modo de conocerte
en el sentido de que no hay modo de atesorarte
si es que sólo accederé a conocerte*

El que llega a la Luna ¡cuánto descarna y puede! Cuánto apetito nos mata el masticar a la blanca muerta de hambre. Cuán descarnados nos vuelven los procedimientos del retorno desde el épico acontecimiento. Retornar a través de los modos de describir una historia tan íntima.

La única coherencia nos la dio el propósito. La sujeción al logro nos antepuso hasta el agotamiento. Y todos llegaremos sin haber dejado de pelear por el orden de prevalencia.

Ella... ella ennegrecida (el éxito destruye, ennegrece al deseo), es ahora el objeto poético de siempre, multiplicadas sus facetas por el desvelamiento de una sola. Sobrepasadas las terapias, faces, fases y apogeos, deslumbrado el alumbramiento, expuesto el tabú más inviolable. Porque la fuente de luz dispuso que los hombres teman diluirse en tanto ella recupere su plenilunio.

Habrá que seguir alzando la cabeza en la vereda, en la almohada o el diván. Revagliatti, poeta alunado, obtiene este su tiempo suplementario, y presume en él:

*Ya no me alcanza mi víctima
por más que corra
o vuele
hacia mí.*

"Infamélica", Editorial Leviatán, Buenos Aires, 98 páginas, 2022.

LA CASA DEL
DIABLO, DE
NICOLÁS VILA
ORTIZ

Virginia
GIACOSA
Argentina



La ciudad y la ficción, unidas en un abrazo entrañable

"La casa del diablo", de Nicolás Vila Ortiz persigue la belleza con las mejores armas.

Nicolás Vila Ortiz nació en Rosario. Es el tercer hijo del periodista y escritor Gary Vila Ortiz y su biografía dice que creció en una casa de Fisherton a la sombra de una biblioteca enorme. En 2014, tras la muerte de sus padres, entre él y sus hermanos dividieron toda esa herencia de libros. Fue ahí que Nicolás comenzó a escribir sus primeros cuentos y a publicarlos en internet. Ahora, con 57 años, publica *La casa del diablo* (Carpe Literario Editora), su primer libro de relatos.

El libro cuenta con prólogo de Federico Galende y está compuesto por nueve cuentos breves que el autor escribió durante la pandemia de 2020. El texto final rompe con la estructura de los demás y plantea algo más bien híbrido que mezcla narrativa y poesía. Según Nicolás, en ese experimento se jugó más la emoción

que el interés por la historia a contar, que sí está presente en los textos anteriores.

El arroyo Saladillo, la avenida Pellegrini, las calles de tierra del viejo barrio de Fisherton, el Sanatorio Británico, las casas de las familias amigas, un casco de estancia en Serodino, la ruta a Carcarañá, los bares, son algunas de las locaciones donde personajes reales cobran vida y se recrean en cada historia. Pero a través de cierto artilugio literario el autor hace que ese escenario palpable y conocido se transforme en una atmósfera onírica y ficcional donde vivos y muertos conviven

Como dice Galende en el prólogo: "La ficción no es para él lo que se opone a la realidad, sino apenas aquello que la desvía de su curso más previsible". En esa bifurcación se hace lugar la escritura del autor que parte de situaciones familiares, encuentros con amigos, escenas de la infancia, recuerdos de los padres, los hermanos, los viajes, los amores.

Si leer es llegar inesperadamente a un lugar nuevo, el autor ofrece cada relato como el arribo a una isla mágica y desconocida donde no podemos prever lo que nos espera.

Es así que cada cuento se abre ante la lectura como aquella biblioteca enorme que sabemos que de niño lo acompañó. Cada uno de los relatos linkea directo a un nuevo libro o autor. Epígrafes, acápites, citas y menciones a otras obras con la contraseña de entrada a partir de cada historia propia a una nueva obra. Aparecen Borges, Jacobs, Brecht, Lawrence, Po Chu- I, Greene, Maugham como un hipervínculo que invita al lector o lectora a buscar más allá de aquello que se cifra en ese cuento y ponerlo en diálogo con otra producción.

Es así que se produce una sensación de infinito en ese enlace con los distintos autores y libros y para Nicolás en ese universo se trama

algo de esa infancia con la gran biblioteca que tenía su papá. "Antes de leer a todos esos autores, ya eran familiares para mí, ya los conocía a través de él, que los mencionaba y nos los leía", dice.

LOS TRES DESEOS

–cuento incluido en "La casa del diablo"–

Como es ya costumbre, cada cinco o diez años, los viejos compañeros de colegio se reúnen en una gran fiesta, un poco para saber qué es de la vida de los otros, un poco para divertirse. Un amigo me decía que no lograba interesarse en lo más mínimo por estas reuniones y no entendía tampoco de dónde provenía el impulso para organizarlas. Por mi parte, si bien soy algo quedado para las salidas, me parece fácil imaginar lo interesantes que pueden ser. Tal vez por eso, suelen ser un buen principio para algún que otro film: estos viejos alumnos otra vez juntos, por lo bueno y por lo malo, por qué no, ya que es un buen momento para reconocerse en el incómodo espejo de nuestros fracasos.

En agosto de aquel año, me llamó Andrea y me contó que estaba organizando todo para diciembre o enero, que iba a ser una gran reunión en una vieja casona de Serodino.

-Muy bien -le dije -, cuenten conmigo. ¿Por qué no acá en Fisherton?

-Sebastián Funes nos prestó su casa, es enorme y con una gran galería. Además, es lo mismo, la mayoría de los excompañeros no viven en Rosario.

Todo lo que recuerdo de aquella reunión es simplemente asombroso. Fue a fines de diciembre. Esa noche, la primera impresión que tuve, después de los saludos, fue que las mujeres estaban mucho más conservadas que nosotros. Yo llevaba una

blanca barba de anciano. La casa estaba casi en ruinas, pero mantenía de algún modo su viejo prestigio. Una gran galería al frente parecía el perfecto lugar para todos los sueños posibles. Eso, y el inevitable embrujo de estar rodeado de malezas y campo.

Después de comer el asado, me senté en el jardín a tomar un poco de aire fresco y unas cervezas con Valeria. Después se acercaron Gustavo, Fernando y Filas. Valeria se sorprendió al ver a Gustavo con su camisa de cuello romano.

-Ya veo que no sabías que ahora soy cura -le dijo él-.

-No. ¿Cuándo te volviste tan religioso?

-No sé, todavía estoy en eso.

Fernando estaba recién llegado de Andorra, quebrado en las dos piernas por una caída en una pista de esquí, pero de un inmejorable buen humor. Nos contó de su largo viaje de varios años y que un día se encontró caminando sin rumbo, no tenía adónde ir, nadie lo esperaba, andaba sin cargas y sin pesares y de pronto una inmensa felicidad lo invadió, algo que nunca antes había sentido.

-Los nómades y los sedentarios -dijo Gustavo-. Quizá el duelo desde Caín el labrador y Abel el pastor. Alain Tournier dice que generación tras generación los nómades son víctimas de los sedentarios.

Qué horror, pensé, ya que con ineludible culpa me reconozco como una especie de ermitaño. Es verdad también que siempre sentí cierta fascinación por la vida de los viajeros, a pesar de que algo me lleva una y otra vez a los viejos mismos lugares, donde me dejo estar, en la intimidad de las mismas calles y de las mismas reiteraciones.

Pero Filas era herrero y guía de pesca. Parecía unir en un estilo de vida las dos cosas. En los meses de frío, el noble trabajo al calor antiguo de la herrería, los amigos, la grata vida del hogar, la mujer y los muchos hijos. Y después el mar, el prodigioso mar de Fernando de Magallanes y de James Cook, de Herman Melville y Joseph Conrad. Sin dudas era una vida maravillosa.

-Tenés la mejor vida que se puede tener -le dije-.

La noche cerraba su círculo, se podía sentir crecer los invisibles lazos que forman una recobrada comunidad. Me preguntaba si únicamente a mí me abrigaba un deseo de volver a casa. Ya entrada la madrugada, Gustavo me ofreció llevarme en su auto de vuelta a Rosario.

-Vamos -me dijo-, yo voy para zona sur pero te dejo en Fisherton y después sigo para allá.

Estuvimos durante parte del viaje hablando de la reunión. Estábamos de acuerdo en que había sido de lo más agradable. Mientras viajábamos comencé a sentir un poco el cansancio de la larga noche.

-Y vos Gustavo, ¿que tenés para contar?

-Tengo dos buenas historias.

-Dale nomás.

-Bueno, primero un relato muy viejo. Digamos que en los tiempos de la primera humanidad nació un niño, al que vamos a llamar, si no te parece mal, Santiago. La madre estaba gravemente enferma y murió a los pocos minutos de nacer el niño. Al crecer, siendo ya Santiago un joven hombre mono alto y bien parado, rogó se escribiera en un libro las memorias del tiempo pasado con su

madre. Dios escuchó la plegaria, como siempre lo hace, y encargó el trabajo a sus ángeles, quienes inmediatamente encargaron el trabajo a los poetas de la tierra. Como el tiempo también es infinito hacia adentro, como lo demuestra la paradoja de Zenon, para el relato de esos preciados minutos era necesaria la vida de muchos poetas, y el número de versos, la eternidad.

-Un poco desconcertante. ¿De quién es?

-Es una cosa sin sentido -dijo riendo-. Lo acabo de inventar.

-Y la otra historia?

-La otra es cierta. Venía hace un tiempo por un camino rural, parecido a este, pero para el lado de Carcarañá. De pronto, un alboroto de polvo, un perro flaco, flaco como el hambre y el miedo, que mostraba sus dientes a alguien que estaba tirado en el suelo. Frené el auto mientras tocaba la bocina y bajé gritando los más fuerte que pude. El perro se comportó de una manera extraña. Dejo de gruñir, me miraba y luego miraba al hombre en el suelo, así varias veces y finalmente se fue. El hombre no parecía muy lastimado, pero le ofrecí llevarlo hasta Casilda, de donde me dijo que era. Me agradeció por salvarlo y me dijo que no podía decirme si era bueno o malo, pero que me concedía tres deseos. Estuvimos hablando de eso, y yo tomándolo como una broma. Entonces hizo algo y le creí. El cielo estaba limpio, sin nubes, dijo tres veces lluvia y se largó a llover. Parecía que después de todo iba a tener otra oportunidad. Pero me acordé del cuento de William Jacobs, *La pata de mono*, donde cada deseo cumplido es a consecuencia de una atroz tragedia anterior, y no me atreví a pedir ningún deseo, tampoco a decir nada. Al llegar a Casilda lo saludé con un gesto, inclinando levemente la cabeza, y se fue.

-¿No sería eso un reprochable acto de cobardía?

-Puede ser. Todo esto me llevó a pensar en el posible orden del universo y después, quizá incomprensiblemente, a la Fe.

-Qué bien Gustavo, estoy más que intrigado por esta estupenda historia.

-Pero esta es cierta -me volvió a decir-.

No sabía qué responder. Supongo que malinterpretó mi silencio porque me pidió disculpas por estar incomodándome. Estuvimos un rato sin hablar. El sol de diciembre ya empezaba a calentar y se sentía que iba a ser un día de mucho calor, pero el color de la mañana era aún rojizo, como de atardecer. A ambos lados de la ruta aparecían los campos sembrados de maíz y de soja.

-Es la primera vez que le cuento esto a alguien -me dijo-. Se puede decir que, de alguna manera, gracias a vos me libero de mi secreto. Ya se sabe cómo son estas cosas. Así bien, lluvia lluvia lluvia.

Hizo un extraño ademán y una sorpresiva tormenta de verano comenzó de golpe. Una cortina de agua empañaba los campos y apenas si se podía ver algo del camino. Bajó un poco la velocidad y sin dejar de mirar hacia adelante me dijo:

-No te puedo decir si soy bueno o malo, pero te concedo tres deseos.

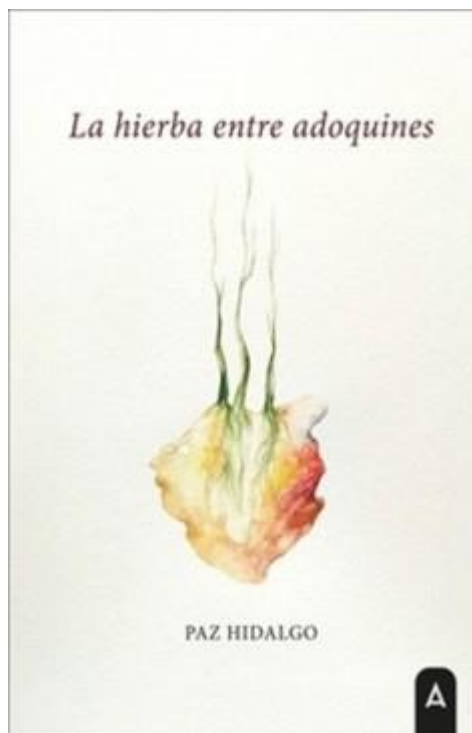
**Publicado el 28 de agosto 2025, en "El ciudadano".*

<https://elciudadanoweb.com/se-presenta-muy-al-sur-de-spoon-river-un-libro-de-nicolas-vila-ortiz-que-evoca-la-obra-de-edgar-lee-masters/amp/>

Disponible:

https://drive.google.com/file/d/1-GuTbmbyTwiGkhevJgXUrgmwLt6G3sdS/view?fbclid=IwY2xjawNs6TZleHRuA2FlbQlxMQABHmRyKljPbDifDDGvW2lxBa0d7EBLttFKfAd3Jr4bqcrBmN1Z2CQXfKrsLHu_aem_ak6UVv7d6HdMebcotu039A

LA HIERBA
ENTRE
ADOQUINES,
DE MARÍA PAZ
HIDALGO



Ana Isabel
ALVEA
SÁNCHEZ
España

UN JARDÍN ANTE LA ADVERSIDAD.

“Escribir poesía es la forma más compleja de pensar la vida”, nos decía el poeta Ángel González. Y de la propia existencia trata este libro de María Paz Hidalgo Aznar, consciente de la necesidad de llevarla con amor y compasión, y sabedora del camino final que nos aguarda.

Se inicia con un poema que alude a la película *El árbol de la vida*, de Terrence Malick. Quizá recuerden este filme, de una hermosa visualidad y hondura poética, en el que el protagonista rememora su vida, mientras se entrelazan imágenes del origen del universo y la evolución de la vida en la Tierra. Ocurre una dura tragedia que pone en duda la fe y el sentido de la vida. De modo semejante, María Paz ofrece una visión de nuestra vigencia en el mundo; sin embargo, al contrario, predomina la luz y el vitalismo. Podría suponer una declaración de intenciones, una introducción de los temas sobre los que profundiza: un marco reflexivo alrededor de

una vida que, en el fondo, viene a ser la de todo ser humano, expresada en sugerentes versos.

Creo que la vejez -término que a menudo nos resulta incluso peyorativo, aunque no sea más que una etapa de nuestra vida, tal vez la más dura- resulta invisible en nuestra sociedad. Sin embargo, aquí asoma de un modo contundente, con fuerza, alegre y sabio, por encima de toda adversidad, como un ejemplo a seguir. El tono es alentador, con su pizca de gracia y fina ironía, a pesar de cualquier penumbra. El sujeto poético, sin pretenderlo, traza una línea que puede ayudarnos en los momentos difíciles, nos hace ver la necesidad de reconocernos en nuestra humanidad.

La autora agradece todo lo que la lectura, literatura y poesía le ha ofrecido en poemas-homenaje a Rosalía de Castro, Concha García o Cernuda. Pero no solo a escritores, también acoge a personas que, por un motivo u otro, se cruzaron con ella y dejaron su huella, como Manuel, el lotero; nuestro amigo y compañero Gregorio Dávila; o su queridísima nieta. Una poesía que, como verdadera guardiana de la memoria, testimonia la impronta de los demás, del mundo y de las vivencias propias. No es casual que las musas fuesen hijas de Mnemosyne.

La religión es una corriente de agua que todo lo endulza, refresca y sustenta, incluso a pesar del dolor y de la crudeza de la vida. Como pilares de esta construcción de palabras, hallamos las citas del sacerdote jesuita, científico y teólogo francés Pierre Teilhard de Chardin, cuyas ideas influyen en la cosmovisión y en las reflexiones de la poeta: "Para vivir plenamente hay que tener el coraje de integrar la muerte en la vida."

Predomina un paisaje de encinas, jaras y romeros: el paisaje de su infancia. Esta naturaleza la transporta al pasado en poemas llenos de melancolía. En ellos recuerda su pueblo y todo regresa: la campiña, las tardes de sol, la madre, la abuela.

En este transcurso, por supuesto, nos damos de frente con el sufrimiento y la pena, que siente como “torrentes salados que quemaron mi rostro”, “erial de desguace”. Y de este modo nos confiesa: “Soy una madre vieja ya solo soy eso, / pero hasta que me vaya y en mi boca haya aliento/ suspiraré tu nombre, / hijo, / con mieles, con espliego, con colores y risas / que en mis vacías entrañas tus recuerdos pusieron”.

Sin embargo, resurge y vuelve a sus afanes, y la alegría de nuevo llama a su puerta en el jubiloso barrio de Triana.

Incluye también un apartado de poemas en prosa, articulados alrededor de los elementos de la naturaleza: Tierra, Fuego, Agua, Aire y, finalmente, Éter. Versos expresivos y rotundos que en ocasiones aluden a circunstancias muy adversas, a las que no se rinde, porque la escritura, sus macetas, los vecinos y todo lo cotidiano y pequeño -que con su humildad y belleza nos rodea- la acompañan y reconfortan. Un inmenso mundo de sencillez y hondura que constituye la vida:

“En esta oscuridad que se va fraguando y a cuyo parto asisto, la luna va bailando la danza de los velos. Los desgarran uno a uno para lucirse hasta hacerme perder esta cabeza mía borracha de éter.

La noche se desliza cuesta abajo en tobogán de plata. Yo me dejo llevar”.

Y aunque manifieste “¡este aire mío tan lleno, y tan vacío!”, late un constante anhelo de sentirse viva. En este sentido, al igual que la poeta Concha García -según nos manifestó en su entrevista en el Taller de poetas-, siente con mayor plenitud cuando mira y percibe con sensibilidad poética, al contempla el mundo desde las metáforas e imágenes.

El poemario culmina con un extenso poema inspirado en un verso

de José María Martín Portales: "Estar sin ser es algo hermoso". El sujeto poético, como una caracola hueca, escucha bramar el existir, la vida que crece y se derrama, y aconseja no malgastarla en venganzas y lamentos, pues asoman las orejas de la muerte. Su cierre nos recuerda *El viaje definitivo* de Juan Ramón Jiménez.

Con un lenguaje lírico que se plasma en imágenes llenas de sugerencias, este canto rítmico -al compás de la métrica a veces, otras en verso libre- capta y universaliza la experiencia humana en poemas reflexivos y meditativos. Como indica Ada Salas: "Todo poema viene a llenar un hueco, viene a constituir una explicación, una confirmación de la vida, un aldabonazo en la conciencia, un consuelo".

"La hierba entre adoquines", María Paz Hidalgo. Aliar 2015 Ediciones S.L., Granada, España. 106 páginas. ISBN: 9791388058189

LA SOMBRA DE
CAPERUCITA ES
ALARGADA

Bárbara
MUÑUMER
España



En las siguientes líneas analizaré la metamorfosis que ha padecido el cuento de Caperucita Roja bajo la pluma de algunos autores/as. Este tipo de literatura popular, erróneamente conocida como infantil hoy día, tuvo unos orígenes tan terroríficos como cruentos. Los cuentos populares se enquistan en la sangre de las culturas debido a su lenguaje universal. Este es el caso de Caperucita Roja, uno de los más versionados.

Ante la infinitud de reescrituras de Caperucita, una de sus interpretaciones más conocidas es la del rito de iniciación femenino a la adultez: la metáfora del inicio de la menstruación en las adolescentes. Otra interpretación de este relato es la de fábula moralizadora para prevenir a las niñas de posibles ataques y violaciones provenientes de los lobos con los que se encontraban en el oscuro bosque (y en el camino). No obstante, también se hablará de otras reactualizaciones de este relato con diferentes lecturas a las susodichas. En algunas de ellas ya no se reinterpreta desde el maniqueísmo superficial bueno-malo de algunas directrices feministas de la victoria de la joven sobre el lobo, sino que se ofrece una lectura más profunda: la propia protagonista se ha metamorfoseado en el lobo, metáfora del reconocimiento y toma de conciencia de su instinto animal interior.

En los tiempos pretéritos de los mitos clásicos, ya en el canto VI de la *Odisea* de Homero (VIII a. C.) podemos leer una reescritura de Caperucita durante el encuentro de la princesa Nausícaa y Ulises, reinterpretado siglos más tarde por James Joyce con su personaje de Leopoldo (1920). Y revisitado también en la *Lolita* de Nabokov (1955). En la *Odisea*, Nausícaa es aguijoneada por la diosa Atenea en sueños, quien le insta a bajar a la playa. La princesa, al despertar, pide permiso para marchar y, una vez allí, se baña junto a sus doncellas en ese *locus amoenus*: el sol transparente, la música del agua, la hierba que baila soplada por el viento... Este escenario ya se predispone para una escena erótica que va *in crescendo*: las muchachas se relajan hasta despojarse de sus velos. Cuando el lobo-Ulises aparece, tan solo la princesa no escapa ante esa visión terrorífica. Se encontrará con un antihéroe: un hombre decrepito y herido que pide ayuda. Nausícaa es entonces comparada con Ártemis, la diosa de la caza. Este símil no es fortuito en absoluto: resalta la valentía de la joven princesa, quien no es ninguna dama en apuros, pues rompe tópicos y remite a la Señora de los Animales, la cazadora de la mitología clásica. Es la princesa guerrera en el momento de la batalla. Hay en este canto una inversión de los papeles tradicionales.

Durante la Modernidad, en las cortes de Europa, se popularizaron las diferentes versiones del relato desde Charles Perrault (1697) y los Hermanos Grimm (1812) hasta el día de hoy. En la versión de Perrault, bajo el título *Cuentos y relatos del tiempo pasado*, se popularizó la imagen de Caperucita como una niña mimada que, por haber desobedecido la orden de su madre de apartarse del camino, es castigada con la muerte y la de la abuela. Esta reescritura de ideología cortesana, la convierte en un cuento de terror.

En la obra de Bruno Bettelheim, *Psicoanálisis del cuento de hadas* (1976) se constata cómo discrepa de Perrault, puesto que, en esta versión de Caperucita, se termina con la victoria del lobo y no hay

ni superación ni alivio posterior para la mente infantil. Se observa que Bettelheim interpreta una sexualidad latente en este tipo de literatura. Podemos ver la atracción y el rechazo simultáneo de Caperucita en el perturbador grabado de Gustave Doré. Esta escena es narrada en la versión original de Charles Perrault, cuando la joven se mete desnuda en la cama con el lobo.

En el caso de los Hermanos Grimm, este cuento adquiere su lectura más conocida: Caperucita va a padecer las consecuencias de la desobediencia a su madre, pero será salvada por el cazador (un *deus ex machina*) para generar un final feliz más apto para la mentalidad infantil. Este cuento, así, pierde toda connotación erótica, pues se omite la escena de Caperucita en la cama con el lobo.

A continuación, es mencionable Ángela Carter y su manera de dar la vuelta a estas lecturas. En tres de los relatos de *La cámara sangrienta* (1979), toma al personaje de Caperucita Roja para reescribir nuevas interpretaciones: «El hombre lobo», «La compañía de los lobos» y «Lobalicia». Se señala «La compañía de los lobos», en el que se reinterpreta este relato desde el agujón del deseo femenino adolescente que desemboca en un desenlace inesperado. No se trata al personaje de Caperucita en relación con el lobo como amenaza masculina, sino en relación consigo misma, su cuerpo femenino y su propio deseo sexual incipiente. En este relato no se cae en el tópico del maniqueísmo: el lobo y la niña dejan de ser entidades opuestas, más aún, el lobo forma parte de la naturaleza animal de la niña que da paso a la adulta. Se ha incorporado a ella y, durante la ceremonia sexual entre la adolescente y el lobo, los aullidos de la manada no dejan de escucharse allá fuera, en lo oscuro del bosque. Este relato, de hecho, sería llevado al cine por Neil Jordan, al que premiarán como mejor película en el festival internacional de cine fantástico de Sitges en 1984.

La lectura que realizan otras autoras sobre este relato está muy en consonancia con Ángela Carter. La heroína no espera al príncipe, sino que es arrojada al bosque. Es ella la protagonista de su propio destino y se enfrenta al conocimiento y aceptación de su propia sexualidad. Es el caso del relato de Luisa Valenzuela «Si esto es la vida, yo soy Caperucita Roja», en *Simetrías* (1993) con otras versiones de cuentos populares bajo el epígrafe de «Cuentos de Hades» y la obra de Becky Rubinstein, *Cuéntame una de vaqueros* (1999). Asimismo, se menciona el poema de Aída Toledo «Monólogo interruptus» (1994) y la novela de Carmen Martín Gaité, *Caperucita en Manhattan* (1990).

Se añaden, asimismo a este repertorio, las reescrituras sobre este relato a manos de Cristina Fernández Cubas con «Interno con figura» en *La habitación de Nona* (2015), «En el bosque», de la escritora Giovanna Rivero dentro de su obra *Para comerte mejor* (2015) y Julia Otxoa con su microrrelato «Caperucita», recopilado en *El hombre del espejo* (2023).

En cuanto a «Interno con figura» de Cristina Fernández Cubas, la protagonista de la historia (un trasunto de la propia escritora), se divide entre la autogestión de su imaginación y una posibilidad de amenaza real, lo que desemboca hacia la intertextualidad del cuento.

Por otra parte, el microrrelato «Caperucita» de Julia Otxoa, ahonda en la barbarie que se encuentra en cualquier modo de violencia de género y en una justicia en la que no suele aplicarse esa perspectiva de género que desemboca en la revictimización de la víctima y la exculpación del agresor.

Así, en el libro *Para comerte mejor*, de Giovanna Rivero, en que encontramos el relato «En el bosque», se vuelve a tratar el motivo de la niña perdida en la naturaleza. Hay una latencia del abuso infantil expresado desde los elementos más arquetípicos del

cuento popular.

Incluso se puede encontrar este relato en la distopía de Margaret Atwood, *El cuento de la criada* (1985). Las Caperucitas Rojas son esclavas en función de la capacidad reproductora de su carne. Condenadas a la obediencia de ese Leviatán o estado-lobo (Hobbes) vemos cómo subyace una crítica al control biopolítico de la sociedad, tema más actual que nunca.

Por último, se constata cómo la alargada sombra de Caperucita reinterpreta múltiples lecturas según la época, códigos y valores; es un disparador de ficciones hasta hoy debido a su componente tan descarnado como visceral y, por tanto, eterno.

DOS CUENTOS



José Vicente
RENDÓN
ARJONA
México

CUENTO DE NAVIDAD

En un callejón solitario de la ciudad de México, esa gran ciudad, una de las mayores megalópolis de este planeta, en horas de la madrugada invernal, repentinamente se movió un promontorio de cajas de cartón entre dos grandes botes de basura, asomándose una cabecita sucia y curiosa... era uno de esos niños de la calle, de esos que abundan en la gran ciudad. Había escuchado un sonido extraño que lo despertó.

Ante él permanecía un resplandor que lo encgueció por unos momentos, pero una vez acostumbrado a la luz, pudo distinguir aquella figura gorda y grande... vestido de rojo, con un gran trineo, renos majestuosos y dispuestos, etcétera.

—¿Ora... qué chingaos? —El pequeño se restregó los ojos, somnoliento.

—Jo, jo, jo jo...

—¿De qué te ríes, cabrón?

—Jo, jo... ¿Qué no sabes quién soy??... ¡Soy Santa Claus!!!

El niño de la calle se incorporó. Se sentía hambriento y cansado, estado normal desde no recordaba cuándo... estaba desconcertado, pues antes de dormirse había estado inhalando pegamento con un amiguito de su misma condición.

—Algo he oído... ¿tienes algo que me regales... una "caridá"...?

—No comprendo, niño mexicano, posiblemente estoy confundido... ¡Pero ya estoy aquí, y si has sido niño bueno y has obedecido a tus papás, te dejaré juguetes!!!

—No tengo papás, y no sé qué carajo es lo de niño bueno... pero si me dejas juguetes, está a toda madre, porque los voy a vender para comprarme comida y droga.

La gorda figura perdió su pose campechana y habló en tono grave:

—¿Droga? Eso sí lo entendí, y te digo que no, no, muchachito... estás muy mal y no sabes lo que dices... ¿Dónde escuchaste esa palabra... en la escuela?

—¿Cuál escuela?

Ahora, Santa Claus estaba realmente molesto, pues sospechaba que aquel niño sucio y harapiento quería hacer la travesura de engañarlo.

—A ver, a ver... en mi país favorito y consentido Estados Unidos, casi todos los niños tienen papás (aunque sean postizos) y los que no los tienen, viven en casas hogar... ¿A quién quieres engañar, muchachito del demonio? Estoy pensando seriamente lo de dejarte juguetes...

El niño hizo un ademán de fastidio, y se dispuso a seguir durmiendo.

—Pues entonces no me dejes nada y chinga a tu madre, güey... y ahuecando el ala, pinche gordo mamón, porque tengo sueño.

Santa se quedó inmóvil y azorado... nunca le había pasado algo similar... comenzó a dudar de aquel consejo que le habían dado sus ayudantes, acerca de la conveniencia de comenzar a visitar países subdesarrollados... por un momento se sintió incapaz de comprender la vida de sus niños...

Después de dudar un momento, decidió dejarle algo a ese niño tan rebelde. Buscó en su gran saco... le dejaría algo realmente divertido y útil... ¡Y además educativo! Para que se dejara de tonterías, y aprendiera a apreciar la vida y la maravilla de ser niño.

Con sumo cuidado y en silencio, dejó junto al promontorio de cartón su regalo.

Se trataba de un rompecabezas de 5,000 piezas, cuyo motivo era una hermosa villa alpina, con nieve... y en el centro una acogedora cabaña con chimenea prendida, calor de hogar, cena navideña a un lado... ¡y lo mejor!: una feliz familia repartiéndose regalos junto a un precioso árbol de Navidad...

Poco después un gran trineo con renos y un satisfecho y espléndido Santa Claus, se alejó y se perdió en el cielo nocturno de la inmensa ciudad de México....

¡Jo, jo, jo, jo...



EL VIAJERO

Aquel estudiante occidental descubrió y leyó algunos libros raros.

Se propuso averiguar y averiguó. Se concentró, y con la fuerza de su resolución y con gran paciencia, logró iniciar un viaje astral.

Viajó a las estrellas... encontró muchos planetas... siguió hasta los confines del universo y descubrió variadas e inmensas formas de vida, modos de espiritualidad incomprensibles, organismos maravillosos... seres poderosos.

Se asombró ante la vista de ciudades extrañas y construcciones inmensas e imponentes. Intercambió pensamientos con inteligencias evolucionadas y sombrías... admiró las miles de formas de amor y los variadísimos vericuetos de la vida... atestiguó raras formas de organismos, como aquella forma de vida a partir del metano, capaces de respirar atmósferas incandescentes.

Contempló paisajes de maravilla, con montañas de formas fantásticas y mares de líquidos extraños y violentos... descubrió colores que jamás se imaginó... supo de formas de comunicación insospechadas.

Y después regresó.

El conocimiento no lo hizo soberbio. El saber no lo hizo sentirse superior. Por el contrario, reconoció su pequeñez.

Supo, tuvo la certeza, de que el ser humano era tan sólo una forma infinitesimal de vida, emplazado en un pequeñísimo sistema planetario en los linderos de una de las incontables galaxias en el universo.

Descubrió también que el hecho de que esta raza humana se sintiera como un logro especial del creador, significaba una colosal soberbia que sólo la ignorancia podía generar.

Se preparó pues, para aprovechar con humildad el soplo de tiempo que le había sido otorgado para vivir. Se preparó para sumirse en la contemplación y la meditación... para intentar continuar conociendo... para intentar comprender el misterio de la existencia. Se preparó para hospedarse en un monasterio enclavado en las zonas inhóspitas y desconocidas de oriente, lugar elegido por la gran voluntad universal para poseer el privilegio de la iluminación y el conocimiento.

Se preparó para ordenarse como lama tibetano... y lo logró.

Actualmente, en un pequeño monasterio enclavado en alguna recóndita cordillera, allá en las alturas, cerca de la frontera con la India, un escuálido sacerdote cubierto sólo con una desgastada túnica púrpura permanece inmóvil... sus latidos son imperceptibles y su respiración prácticamente no existe.

Sucede que su cuerpo espera inútilmente el regreso del viajero... sus reservas de energía se agotan, pero la esencia de aquel ser se encuentra muy lejos, en algún lugar ignoto. Algunos de sus compañeros que lo visitan esporádicamente le han ofrecido

alimento y agua, pero no han logrado que reaccione y se han alarmado... saben que aquel sacerdote de origen occidental se ha dejado llevar por las maravillas de sus descubrimientos, sin reparar en algo esencial:

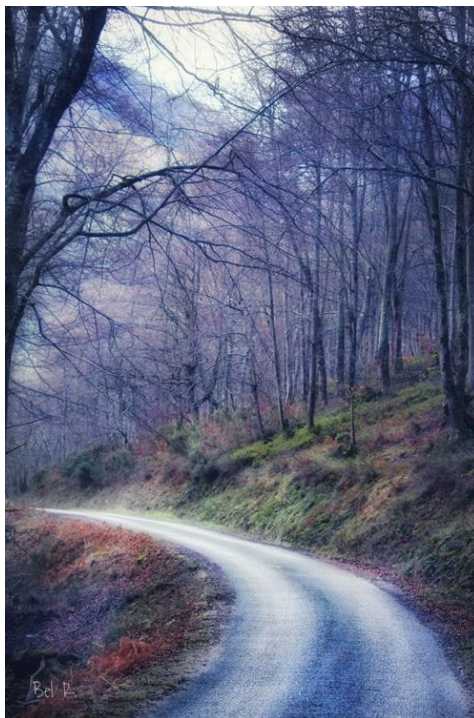
Sin su cuerpo terrenal, sin su mente material, aquel viaje sería imposible... para conocer los dominios de la creación, es preciso existir.

Se resignan a presenciar con impotencia la inminente muerte de otro viajero... uno más que se olvidó de sí mismo perdido entre las maravillas infinitas, tal y como sucedió por primera ocasión con el mismísimo Buda.

Uno más que no reparó que el camino de la iluminación es de ida y vuelta.

SECRETOS

Elena
GONZÁLEZ
España



No frenas. Ni siquiera levantas el pie del acelerador. Una estatua con ojos de fuego te mira en mitad de la carretera. No serás capaz.

Pues sí.

Agarras fuerte el volante, te nace una sonrisa desconocida. Tú, que sacas las moscas por las ventanas, que pagas la cuota a la protectora. Aprietas el acelerador. Hasta el fondo. No cierras los ojos. Ahora quieres todos los detalles.

Los dos puntos de fuego se mueven. Los buscas. Haces diana.

Apenas sientes una elevación en medio del asfalto. Rectificas la dirección y continúas. Confirmas por el retrovisor un bulto inmóvil. Te escuchas una carcajada, una especie de hipo que te nubla la carretera.

No paras.

Tampoco él para nunca. Aunque llores, aunque te humilles. Él te dedica ese discurso que te hace sentir una caprichosa, imposible, cariño. Ese que remarca su zona franca, su reservado. Y tú te quedas fuera, oliendo sus solapas. Atropellada. A sus pies.

Tus manos acarician la piel del volante. Subes la radio y algo parecido a la paz se apodera de tu espalda, de tu cuello. Mojas tus labios con la punta de la lengua.

Aparcas frente a la puerta. Te pones carmín, perfume en las muñecas. Coges las bolsas. Su vino favorito, copas nuevas para reconciliaciones viejas.

Cuando te ve, percibes en él un sobresalto.

-¿Qué ocurre? - resplandeces. Él es un guiñapo en el sofá.

- Se ha vuelto a escapar.

-¿Rufo? -tu voz nunca ha sido tan dulce. Te sientas a su lado.

- No te preocupes, cariño- le extiendes una copa de vino, le colocas el flequillo. - Estará en el jardín. Ahora lo buscamos.

SANGRE DE MI
SANGRE

Elena
GONZÁLEZ
España



Inspiro.
Mi pecho se eleva. Hablan a mi alrededor. Siento frío.
Expiro.
No noto mi vientre. Mi cuerpo dejó de ser mío hace ocho meses.
Alzan un fardo lleno de sangre.
Tu hijo, dicen.
Inspira.
Expira.
Llora por primera vez.

Lo recuerdo mientras sostengo al cordero. Su madre yace entre las pajas, tiembla.

Inspira, expira, lentamente. Su pecho queda inerte, deja de moverse. Algo dentro de ella se ha evaporado, ha escapado por su boca, por sus ojos clavados en ninguna parte.

Busco un humo, un halo revoloteando, algo, pero solo encuentro el moho de las paredes, el olor a orín, la lluvia amenazando con demoler el establo. Miro al cordero en mis manos, ensangrentado, unido todavía al cuerpo de su madre. Llora.

Mi cabeza me observa.

Cubro a la madre con una manta de heno. La enterraré bajo el castaño, a pocos metros del mastín y de la última gallina. Se han ido porque en esta tierra no prende la vida, como si el balido de un hijo no fuera suficiente para una madre. La granja es un cementerio.

Envuelvo en mi chaqueta al cordero. Caliento un balde con agua y lo limpio. Le acerco mi pecho. Huele mi pezón, lo roza con la lengua. Es dura y torpe. Desconfía, pero el hambre acalla sus escrúpulos. Chupa con fuerza. Aguanto el dolor. Emanan un caudal estancado, tibio. Imagino una fuente, un mar inmenso. Mis pechos vibran, mi cuerpo arde, el dolor se apacigua. Patea levemente mi vientre. Nos acostumbramos el uno al otro y caemos dormidos.

He colocado un puñado de paja a los pies de la cama. Él huye del suelo y se hace un ovillo entre mis piernas. La habitación huele a establo, yo también. Me busca por la casa. Da saltitos apartando a las moscas y al aire. Me quiere sólo para él. Me acompaña a lavar, a tender la ropa, al huerto. Mordisquea la hierba alta y pisotea los cardos. Parece allanarme el camino. Las acelgas y el naranjo se han secado. Herviré los cardos con la leña muerta.

Por la noche, el frío nos acurruca el uno contra el otro. Noto su cabeza en el pecho y mi leche corre buscando salida. Le oigo chupar, le acaricio el pelo. A veces creo que pronuncia mi nombre.

La fuerza del sol deshace los carámbanos del tejado. Nos ha despertado el goteo en la ventana. Tic, tic. Contra el cristal. Es la hora.

Remolón, le ha costado abandonar la cama. Se ha orinado en la almohada. No le riño. Lo cojo en brazos y salimos al corral.

Mi cabeza me observa.

Él también. Noto sus ojos interrogándome. Lo amarro a la higuera muerta. No lo miro.

Inspiro.

Dejo caer el hacha sobre su cuello.

Expiro.

Apenas ha gemido.

Un surtidor brota, salpica mis pies. La vida se derrama. Sangre de mi sangre. Cae al suelo en un desvanecimiento suave, como una pluma que se toma su tiempo.

Se evapora. Se va. Como el resto.

Envuelvo su cabeza con mi chaqueta. La entierro junto a un montículo cerca de la tapia. Las entrañas que traje al mundo duermen allí también. Él tampoco quiso quedarse.

Cuando no me quede ni un trozo de su carne, me abandonaré sobre esta tierra que me abandonó hace tiempo.

Inspiraré.

Olor a polvo.

Exhalaré.

Mi aliento entre arañas y escolopendras.

Treparán por mis ojos.

Atravesarán mis pechos resecos.

Seré alimento.

Me vaciaré con ellos

Imágenes de ambos microrreatos:

BelR Fotógrafa

AMIGOS EN EL BAR

Alejandro Emilio
RAMÍREZ
RAVELO
España



A la memoria de Reinerio La Paz Carrero

El bar está vacío. Vamos a sentarnos en aquel extremo de la barra, casi frente a donde comienza el exhibidor con la gran variedad de inútiles botellas de rones, tequilas y whiskies importados que siempre están allí, vacías, intentando fingir una abundancia que no existe. Acude el barman y nos observa, inquisitivo, pero no formula la pregunta de rigor.

—Una cerveza para mí —le solicito y, a pesar de su incredulidad, añado—: A él ponle un doble de ron.

¿No recuerdas cuándo nos conocimos? ¿Hace cuánto? ¿Veinte

años? Yo estaba «de novio» con tu hija. En realidad, sabemos que no es tu hija, aunque sí lo es porque la criaste junto a la otra, un poco más joven y también al varón, ese trompo loco. A los tres los criaste. Lo hiciste bien. Además, no abandonaste a los otros hijos, los de sangre, que quedaron con tu anterior esposa. Siempre te preocupaste por ellos, los apoyaste. Me consta. No sé por qué no ayudaron más cuando enfermaste. Debe ser porque los hijos siempre guardan un poco de resentimiento cuando el padre decide concluir la relación con la madre por causa de otra mujer... Pero así es la vida, no te preocupes. Ahí llega el ron y la cerveza... Está calentona, como siempre: no hay manera que aquí sirvan una cerveza bien fría. ¿Dónde estábamos? Ah, sí... Cuando nos conocimos. Hubo química entre nosotros. Nos caímos bien. Nos hicimos amigos... ¡Mira eso! El barman encendió el televisor y ya comenzó la misma tanda de videos de siempre: esos jodidos reguetones. ¿Será que ese barman hijo de puta nunca va a cambiar el repertorio? Hemos acudido a este bar muchas, muchas veces, ¿eh?... Nos queda relativamente cerca de casa. Cada vez que estábamos «embembados» y había tiempo y algo de dinero extra veníamos para acá a darnos unos fotutazos. Después, a resistir valientemente las caras de mi mujer y de mi suegra. Bueno, la de mi suegra, tu esposa, no tanto: que esa señora es un ángel, igual que tú... Están de furia los reguetones esos: pura vulgaridad. A propósito, te voy a decir algo que no te he dicho nunca: ¿Sabes lo que más he admirado en ti? Tu decencia. Incluso más que tu bondad y eso es mucho decir. Has sido un hombre extraordinariamente decente. Ambos sabemos que tu cultura es mínima, inexistente casi. Siempre trabajaste duro, en tu oficio de fontanero, para mantener a la familia. Pero no conozco a nadie

más decente que tú... No porque no digas palabrotas, que jamás te escuché decir alguna, fueran las que fueran las circunstancias — de las palabrotas siempre me encargué yo—, sino por la aplicación viva del concepto en toda su magnitud: decencia. Tú eres la prueba de que la decencia nada le debe a los niveles intelectuales...

Te puedo contar muchas cosas que han pasado en estos ocho años durante los cuales tu mente se extravió de forma tan brutal: subieron los salarios, más subieron los precios: para conseguirte medicinas, inexistentes en las farmacias, tuvimos que hacer magia... Menos mal que no llegaste a sufrir el precio de las bebidas «reconfortantes», como le decías a los alcoholes. ¡Mira! Por eso solo estamos tú y yo en el bar a esta hora y ya son las dos de la tarde... Nada de eso debe importarte... Ya sé que no has probado tu ron, al «strike», al buche de rana, como solías hacer...

Bueno, ya tenemos que irnos. Hoy la visita tuvo que ser corta. Vamos tumbando, viejo amigo... Déjame pagar. Afuera está la familia esperando. No quisieron participar de este pequeño homenaje: dicen que era un poco extraño. Recojo tus cenizas, resguardadas en el interior de ese horrible recipiente y nos encaminamos a la salida del bar. Atrás queda el barman, medio asombrado el pobre, con su pared repleta de botellas vacías y sus insufribles reguetones.

SOL DE
INVIERNO



Guillermo
TORRES
México

A veces, en ciertas circunstancias, es mejor no abrir la boca, si eso fuese posible... como no, callar es una bendición. El primer día que me bañé preferí cerrar los ojos; intenté bloquear cada uno de mis sentidos, pero me fue imposible. Para él tampoco resultó sencillo, lo sentí en el frío temblor de sus manos. Robert, mi esposo, lava con empeño mis partes íntimas cada semana, pero a veces sus viajes se lo impiden. Él, Alfonso, me limpia diario y cambia las bolsas de mis desechos. No tengo control de nada. Los días pasan sin sentido. El pudor cedió a la cotidianidad, como saltan los resortes de un colchón vencido.

Cierro los ojos quizá por costumbre, por la incomodidad de los movimientos, pero quizá también por él, por su mirada joven. Se lo toma con seriedad, como siempre ha sido: un niño adulto. A veces lo odio. Pero me odio más a mí, por no haber sido firme.

Disfruté el baño de hoy. El sol de invierno, intenso, quemante, me

agrada, vivo con el frío clavado debajo de la piel. La crema y el masaje me reconfortan, pero en algunas ocasiones siento que mi cuerpo defeca y, aunque sé que es imposible, siento la habitación llenarse de esos espantosos aires. Tal vez él también lo percibe porque abre las ventanas, dice que es para que la habitación se ventile, pero no, yo sé que no. Cierro los ojos y me aferro a que no siento el frío.

Los primeros días no hablaba, se limitaba a acompañarme, a asistirme, me leía tonterías de psicoanálisis, como si aún me interesara; luego empezó a hablarme: fueron días relajados, los disfruté. Últimamente habla como si yo no estuviera, como si se dirigiera a un objeto. Tiene una vida fuera de estas paredes, pero la mía está sepultada en este espacio de mierda. Lo envidié, pero ya no. Estamos atados, como en el Apando. Así, mi hijo Alfonso y yo estamos presos en casa, yo aquí; él aquí y donde quiera que va. No puede liberarse de este mojón de mierda que soy ahora.

Los escucho platicar. Debo tener mejor oído, parece que estuvieran en esta habitación. Las cosas no andan bien: menores ingresos, mayores gastos. Es imposible no notarlo: Robert realiza viajes más largos y consecutivos, y Alfonso se hace más cargo de mí que de su vida. Lo que siempre desee, que gravitaran en torno a mí. ¡Qué lamentable! Una frase de mi tío consentido viene a mi mente: "Ten cuidado con tus deseos..." Me reía de él, aunque sabía que tenía razón, siempre tuvo razón. Lo poco que hubo entre nosotros lo disfruté mucho. Cómo lo adoré...

Robert se parece a él en su fuerte carácter, aunque le falta mucha imaginación, la necesaria para ser un buen amante. Llegué a

tenerle gratitud por su empeño, y aunque nunca fue suficiente... me conformé con lo que recibí. ¡He sido una idiota! Ninguna parte de mi cuerpo reacciona, pero mi mente ansía caricias, una al menos... o dos o más, las suficientes para reventar de placer. Siempre las necesité. Lo miro con ardor, entomo los ojos para que me entienda, pero es una pérdida de tiempo. La intuición tampoco es lo suyo. Es un inútil. "Un hombre decente", dirían algunas mujeres; pues que se lo traguen.

Qué daría por una visita de mi tío. Él complacería mis necesidades y encontraría las que ni imagino. Fue mi ángel, mi salvador; desde que era una jovencita supo de mis precoces necesidades. Es algo que se huele, que se intuye, que se percibe... como un don. Hay quien lo necesita con urgencia y hay quien no puede contenerlo y requiere compartirlo.

Son las noches las más terribles, en mis insomnios sueño con sus manos hurgando mis deseos; decía que mi piel era lo más bello de mí, le gustaba "seguir la pista", decía: recorrerme, sabía posar su ansia en mi espalda y en los muslos y en mi vientre y quedarse allí hasta hacer que me perdiera y gravitara en sus caricias... como un viento suave, perfumado, húmedo.

Por la mañana la habitación huele a nuestros humores y Alfonso descubre mi secreto, lo sé.

El otro día escuché clarito cómo me preguntaba por él. No tuve que esforzarme por voltear la cara o hacerme la ofendida. No puedo moverme. Pero el rubor se me subió y allí entendió que mi

tío, que se llama como él —lo único que tengo de su vida—, visita mis sueños. Me sentí más desnuda que cuando me baña. ¿Habrá algo que pueda ocultarle? Lo odio, lo odio con todas mis fuerzas. Si creyera en el destino diría que ha sido cruel, que te da de a poco con una mano y te quita de tajo con la otra. Ahora entiendo que mi tío fue el mejor hombre que pude tener, ninguno se le compara. “Si no encuentras al indicado, al menos diviértete”. Entendí lo que me dijo el último día —me resigné— y uní mi vida con un buen tipo. Hubiese sido mejor seguir buscando el resto de mi existencia.

Tiene suerte, Robert, aún con las pretensiones de tener a otros, ahora no puedo, el destino me mantiene arrumbada en esta cama, como un objeto, una sábana, la almohada, el cuerpo de una mujer estúpidamente inútil, tan inútil que respira gracias a una máquina, tan inútil que no sirve ni para ser violada. ¡Y qué ganas de ser maniatada, ultrajada, golpeada, sometida!, ¡sometida mil veces! ¡Algo!, ¡que alguien haga algo, maldita sea!

Me niego a abrir los ojos. No es ningún acto de rebeldía como dice Robert y Alfonso. Me resisto a seguir. ¡No aguanto! No sé ni cuando sale la mierda, ni los orines; si acaso, aunque no los siento, los fluidos vaginales.

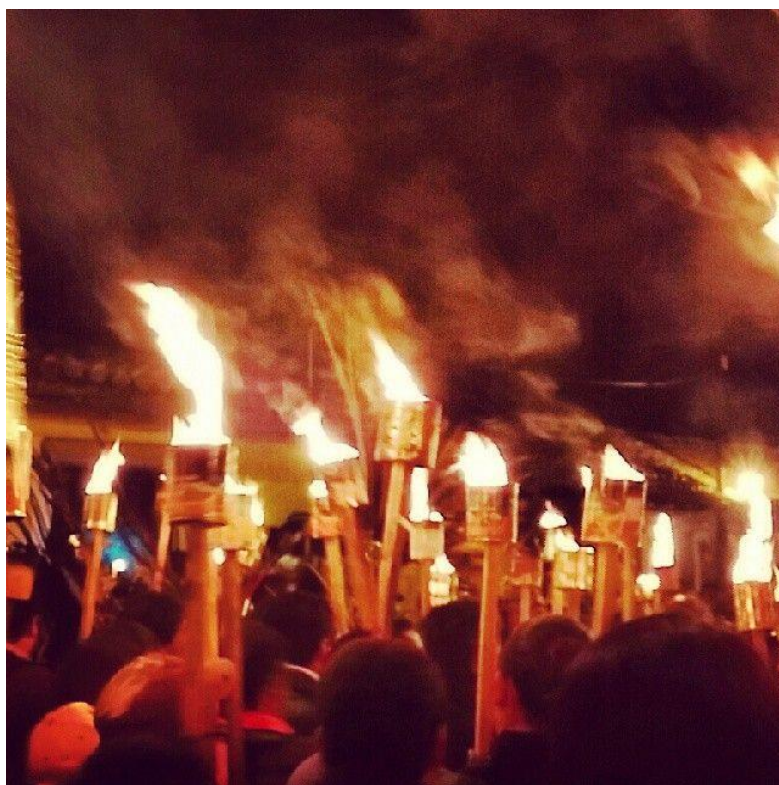
Cada día los sueños son más vívidos. Me aferro a ellos y entonces estoy más tranquila. Mi hijo lo nota, ha cambiado. Sus manos volvieron a los titubeos de los primeros días, cuando recién inició esta locura de operarme el cerebro. Solo era el leve indicio de un tumor. No tenía molestias, pero ellos y los doctores insistieron en que era mejor operarme para que no terminara en tragedia. ¡Los odio a todos! Terminó en lo que nadie quería. Una absurda y

estúpida tragedia.

No sé cómo llegamos a esto. Mi hijo me conoce mejor que lo que me conoció mi tío Alfonso. Me sorprende. Me siento mejor y es gracias a él. Estoy tranquila. No estoy segura, pero, de haberle tenido paciencia estos dos años de cama, las cosas hubiesen sido diferentes. Pero no. Siempre supo lo que añoraba y me lo concedió como un compañero de vida. Ha sido difícil entenderlo; pero, en algunas circunstancias, las barreras físicas y morales son un estorbo que deben borrarse... Eso también es un don.

Le he pedido, en esta comunicación que logramos, que me desconecte. Se niega. Nos hemos dado 48 horas para pensarlo. En ese tiempo, se lo agradezco en el alma, pero no habrá más visitas ni más sueños húmedos con "Alfonso". Disfrutaré tranquila mientras este sol de invierno se apaga.

LA BRUJA, EL
PUEBLO Y YO



Karina
CERVANTES
CAZARES
España

El mismo sueño de siempre: una mujer en el riachuelo del bosque en las afueras del pueblo, con su mirada clavada sobre la mía, el piso acercándome a ella, ella repentinamente descubría su cara para decirme que era suya. Como ya es costumbre, despierto a las tres de la mañana, para encender la lámpara de mi buró y secarme el sudor. Curiosamente a la hora que despierto se vuelve a cerrar mi cajita de música, como si hubiera tocado para mí toda la noche. Las pastillas poco han hecho por mí para terminar con las que mi psiquiatra llama "alucinaciones".

Durante el día, el destino se empeña en mostrarme a las madres con sus hijas ¡haciendo lo que yo nunca haré: tener una vida! Poco sé de mi madre, ni una sola persona en el pueblo habla sobre mi madre, no hay ningún registro documental sobre ella, la mayoría de la gente huye al oír mi apellido y yo sólo puedo estar con papá

¡ni siquiera sé si tengo familia! Entre otras cosas, tengo estrictamente prohibido salir del pueblo y aunque no sea del agrado de nadie, quien sea tiene autorización para regresarme a rastras si pongo un pie fuera del pueblo.

Mi cuarto es algo tétrico, aun así no me puedo deshacer de ninguno de los objetos que están ahí: una muñeca de zacate que parece mirarme siempre, unos pergaminos en una lengua extraña y un frasco de un perfume espantoso que todos los días tengo que colocarme en el cuello. Con todo y estas restricciones soy una mujer moderna que se resiste a creer lo que la gente rumora, de que soy hija de una bruja que lleva viviendo siglos en el bosque.

Pero sigo preguntándome: ¿Qué pasó con mi madre? ¿Por qué no puedo salir del pueblo y qué es toda esa parafernalia que debo seguir al pie de la letra? ¿Estaré enloqueciendo? Preguntas sin fin, en las que prefiero no volver a pensar y darle fin a esta historia.

NO MOLESTAR



María Luisa
TOUS FAJARDO
España

«Hoy ha sido un buen día», le dice a su marido. «¿Cuántos cartelitos te han tocado hoy, amor?», le pregunta agarrándola de la cintura y con cara de tortolito. «¡Nada más y nada menos que cuatro, peluchito!», contesta eufórica después de darle un beso.

Lali, que así se llama la protagonista de nuestra historia, trabaja de camarera de piso en un hotel de la costa. Todos los días cuenta los carteles de No molestar que cuelgan de los pomos de las puertas. Aunque podría tomárselo mal, lo cierto es que para ella son una auténtica bendición. Ella no piensa que incomode a los clientes. Todo lo contrario. Para ella, el mensaje No molestar es sinónimo de alivio y no se lo toma por lo personal.

A Manoli, la gobernanta, no le hace tanta gracia. Ella piensa que la jornada laboral siempre debe ser igual. Eso significa que cada una de las camareras de piso debe cumplir con lo asignado: una planta

entera con 16 habitaciones.

Lali se despierta todos los días a las 6:30. Coge el autobús una hora más tarde porque tiene que estar a las 8:00 en el hotel. Su marido, Paco, se encarga de llevar a su hija al colegio. Él es electricista y tiene horarios más flexibles.

Lali está llena de dolores y sus compañeras de trabajo también. Todas lo arreglan con analgésicos y, al final del día, siempre acaban diciéndose a sí mismas que ese no es trabajo para ellas y que ya va siendo hora de cambiarlo. «Fácil es decirlo, pero no hacerlo», terminan pensando.

Lali y sus compañeras tienen obligaciones familiares. Esa es la verdad. Cuando llega el mes de noviembre, respiran aliviadas porque saben que van a dejar de limpiar por un tiempo. Sin embargo, cuando se acuerdan de que no van a tener cómo pagar los regalos de Navidad, se les acaba la euforia.

Este año una compañera le ha pedido a Lali que trabaje el Domingo de Pascua. A cambio, le ha dicho que trabajará el día del cumpleaños de su hija, que es en agosto. Ella ha accedido porque siempre se hacen favores mutuamente y, sobre todo, porque quiere seguir teniendo una buena relación con ella.

Lo cierto es que el Domingo de Pascua no es un día cualquiera y eso lo saben Lali y su compañera. Es un día especialmente duro porque muchas familias acaban sus vacaciones y las habitaciones deben quedar en perfecto estado. Al menos eso es lo que dice

Manoli, la gobernanta.

El Domingo de Pascua ha llegado y Lali se prepara psicológicamente. Sabe que va a ser una jornada estresante porque todos los años lo es. Sin embargo, algo le dice que esta vez va a ser diferente.

A las 8:30, después de una pequeña reunión con la gobernanta, empieza a limpiar las habitaciones que ya están vacías. «¡Qué bien que siempre hay huéspedes que salen muy temprano porque tienen que coger un vuelo a primera hora!», piensa en voz alta.

Justo cuando entra en la primera habitación, encuentra una nota encima de la mesilla de noche. El texto está en inglés y dice lo siguiente: Look for the Easter eggs. They are for you. Lali sabe cuatro palabras de inglés (o eso es lo que ella cree), pero en ese momento se acuerda de una canción que su hija canta siempre antes de las vacaciones de Semana Santa. La canción en cuestión tiene que ver con los huevos de Pascua, o sea, con los Easter eggs. Ata cabos y, entonces, se da cuenta de que alguien los ha escondido para que ella los encuentre.

Primero decide limpiar la habitación y después se pone a buscarlos. Cuando está a punto de rendirse, se le ocurre que pueden estar metidos en la neverita que está dentro del armario. Aparte de unas cuantas botellas de agua y un par de refrescos, lo único que ve es un trozo de papel que dice en español: Chica lista. Prueba en la habitación contigua.

Inmediatamente después de abrir la puerta, no da crédito a lo que

ve. Su marido y su hija están frente a ella con un huevo gigante de chocolate y una gran sonrisa. Ella deja el carro de limpieza por fuera y va corriendo a abrazarlos. Su marido le susurra al oído que la quiere mucho y que aún le tiene otra sorpresa.

Su hija se adelanta y le dice a voz en grito: «¡Mami, a Papi le han dado el trabajo en Suiza!». Ella mira a su marido extrañada y él añade: «Sí, cariño. Nos vamos a finales de junio, cuando la niña acabe el colegio. Te he apuntado a clases de inglés para que puedas conseguir un trabajo lo antes posible. Así no tendrás que seguir contando cartelitos».

«Peluchito, precisamente contar cartelitos es lo que más me gusta. No molestar es mi mensaje favorito», le responde bromeando. «De todas formas, a partir de ahora preferiré ser yo la que cuelgue el cartel», acaba diciendo mientras le guiña el ojo.

UNA NUEVA
DIMENSIÓN



Antonio
BELIZÓN REINA
Cádiz
España

La vida tiene momentos muy lindos. A veces son instantes poco duraderos, pero merecen la pena vivirlos, son para siempre.

En mi caso tuve que penetrar en otra dimensión, dando lugar a una especie de odisea maravillosa en una situación que habría que catalogarla como equivocada, errónea o una metedura de pata, como se suele decir por donde vivo.

Cuando salí a toda velocidad de la fábrica de producción, seguí las normas establecidas por el manual de conductas y entrenamientos, aunque a veces tu propio impulso te lleva a errar el trayecto, coger un atajo, arriesgarte sin ninguna razón de peso, ni más ni menos lo que ocurrió conmigo.

En el momento de la salida se aglomeraron miles de convocados y por el afán de llegar antes que nadie, desvié mi camino hacia una ruta equivocada.

A la velocidad establecida y deseando llegar pronto al objetivo, tuve que torcer a la derecha en vez de salir recto y entré en un laberinto del que me fue imposible salir para volver atrás y buscar la salida.

Era consciente desde siempre, que para eso nos hacen realizar cursillos semanales, que tenía que dirigirme por Falopio'S y llegar a la espiral del útero hasta dar con el ovario por fertilizar. El concepto estaba meridianamente claro, otra cosa era la práctica.

Antes de toda esta problemática, yo me encontraba en la base testicular de un pibe argentino, Mauro, sensible, poliamoroso y conductor de un furgón de recogida de dinero bancario.

Durante el fin de semana se dio aquello de chico conoce a chica; le presentaron e intimó con Rita, secretaria en una empresa de mensajería, una preciosa mexicana, oriunda de Jalisco, de tez morena, ojos negros y cabellos ensortijados. Una belleza.

Estaba claro que aquella relación terminaría en una cópula tarde o temprano y ocurrió sobre las once de la noche en un apartamento playero de Cancún.

El coito se desarrolló sin ningún contratiempo y me convertí en protagonista de este evento casi sin proponérmelo.

Cuando me di cuenta me hallaba en la cavidad abdominal, dentro del estómago, y no me pregunten como ocurrió porque según los estudios del doctor Rossemberg, esto suele ocurrir una vez entre diez millones de veces.

Como soy de carácter filosófico, me encanta buscarle los pro y los contras a cualquier situación y me vino de pronto un dilema a mi flagelada cabeza:

¿Qué hace un espermatozoide como yo en el tubo digestivo?

Pensé que, ya que estaba por allí, bien podría hacer un tour interior por el cuerpo de la chica. La realidad se me plantaba ante mí como un espejismo nunca imaginado.

Me daba una sensación extraordinaria el ser testigo directo de aquella estructura femenina. Se parecía enormemente a una discoteca de moda, donde los pulmones insuflaban aire acondicionado al ambiente, la apertura de la tráquea dejaba penetrar luces desde el exterior como si fueran rayos láser y la orquesta estaba dirigida por un corazón potente que marcaba el ritmo de aquella banda compuesta por mariachis de Guadalajara.

Se me quitaron las ganas de música cuando, desde la entrada del píloro, se descargaba una gran cantidad de bolo alimenticio y me tuve que quitar de en medio porque en pocos minutos iban a actuar los jugos gástricos y éstos son muy peligrosos para estar cerca y de los pancreáticos ni te digo.

Me dio tiempo para observar la comida que esta chica acababa de tomar y el único pero que le encuentro es que debería de cuidar su alimentación del fin de semana, donde abundaba la comida basura a base de hamburguesas y pizzas; y es que María es joven todavía. Algunas enchiladas y algo de tacos y tamales le ayudarían a una mejor alimentación. El argentino bien podría invitarla a un chuletón

de la Pampa.

Todo aquel espectáculo era fascinante y soy un privilegiado al estar aquí, en primera persona, contemplando algo que en la vida creía poder observar.

Me encantaría poder contarle a mis nietos esta aventura, este viaje, pero noto que empiezan a faltarme las fuerzas, mi vida tiene poco recorrido y no me hace ninguna gracia acabarla sumido en el aparato excretor.

He visto la oportunidad de colarme por un desvío y cuando me he dado cuenta, me he situado en la Nacional 69 que va directa al útero. Esta parte del recorrido me es bastante familiar y me muevo como esperma en el semen.

Bien, esta aventura me ha proporcionado el conocimiento de un mundo maravilloso, que a no ser por el error de bulto cometido, me lo hubiese perdido de todas, todas.

Sé que me quedan pocos minutos de vida y doy por bueno este relato que a primera vista parece fantástico, pero que es la auténtica realidad de un cuerpo humano llevado a la ardiente imaginación de un esperma desorientado.

El viaje empieza a acabarse para mí, he durado más de lo esperado y si tengo que autoanalizarme diría que, lo que más siento es no haber ido por el camino correcto, ya que me ha impedido dejar preñada a la que hubiese sido el amor de mi vida.

entre ensayos y tanteos

juan pablo varela

ENSAYITO
LABORAL

Rebeca
Fernanda
PÉREZ PÉREZ
CDMX
México



El trabajo en México está precarizado, muchos jóvenes nunca tendrán la oportunidad de ejercer la carrera que estudiaron, mientras que otros ni siquiera podrán estudiar por motivos socioeconómicos, eso no significa que los que sí pudieron ejercer una carrera vivan una situación mucho mejor, ya que muchos empleos en la actualidad a pesar de requerir título de licenciatura y conocimientos específicos, ofrecen muy poco en comparación con lo que piden, un salario que prácticamente es el mínimo, y condiciones de trabajo injustas donde no se respeta a la Ley Federal del Trabajo.

Lo que es preocupante es que de manera muy frecuente se pasa por alto a la Ley Federal del Trabajo, es algo muy común que es visto incluso como algo normal, muchas personas lo ven como

algo que no se puede cambiar y que hay que aceptar con tal de tener un empleo, los jefes pueden poner las condiciones que quieran sin que nadie regule a las empresas. Y de manera general la población no está bien informada sobre sus derechos.

Un ejemplo serían los horarios laborales, que están establecidos en 48 horas semanales actualmente, pero en la práctica son más, variando en cada puesto. Para empezar los trabajos de oficina, que son los que más la respetarían, para incluir una hora de comida en realidad piden una estadía de una hora más en el centro de trabajo, cuando la LFT establece que dentro de las 8 horas de trabajo se debe dar media hora para descanso, pero las empresas prefieren agregar una estadía de otra hora con tal de no perder un solo minuto, e incluso hay vacantes donde dan varias horas para descansar, pero no toman en cuenta que así se está perdiendo de todo el día en el centro de trabajo, dicha situación sólo sería conveniente para quien vive a 5 minutos de donde trabaja, lo que en México no pasa muy a menudo, y menos en la zona metropolitana de la Ciudad de México, que es la que concentra mucha población. Y la mayoría del resto de los puestos, que se dedican al servicio al cliente, de plano ofrecen el pago de un día de trabajo, pero por 9 o 10 horas de trabajo, sin horas extras e ignorando completamente la ley, un gran ejemplo de esto serían los restaurantes.

Otros problemas serían las horas extras que son casi obligatorias en muchas empresas, aunque la ley diga que son opcionales y el trabajador no está obligado a prestarlas. Por ejemplo, en aquellas empresas donde hay rotación constante de personal, ya que se necesitan cubrir varios puestos y la responsabilidad recae en los empleados restantes, debido a que estar contratando recursos humanos tiene un costo, y existe el riesgo de que renuncien al poco rato por las condiciones del empleo, por lo que se carga de responsabilidades de más al resto de los trabajadores para ahorrar recursos.

En algunas fábricas y call centers no hay semana en que no pidan amablemente algunas horas extras para aliviar la carga de trabajo, o con la excusa de alcanzar metas de venta o producción.

Volviendo a los egresados, es curioso que la mayoría de puestos están destinados a ser del sector de servicios, lo que significa que de la cantidad de egresados de todas las universidades públicas y privadas no todos alcanzan un puesto de lo que estudiaron, la dura realidad es que no todos podrán acceder al puesto que aspiran desde que escogen una carrera.

Desde hace un tiempo al presente se vende la idea de que la manera de salir adelante y subir de clase social es estudiando una carrera. Esto no es del todo falso, ya que sí te puede dar mayores oportunidades de dedicarte de forma profesional a algo, pero la realidad es que no es un seguro que lo vayas a lograr, se necesitan muchas otras cosas para complementar la formación profesional, y ser destacable de entre toda la competencia. Actualmente las empresas tienen de dónde escoger y por eso mismo se dan el lujo de exigir lo que quieran.

Otro problema es el exceso de escuelas "patito" en México, cuya definición sería escuelas privadas de poca calidad. El enganche de estas es el bajo costo que tienen, al menos a comparación con otras escuelas privadas de mayor calidad, pero mucho más caras (Tec de Monterrey, Ibero, etc.) En México tampoco hay regulaciones claras sobre la calidad de la educación en instituciones privadas, ya que la SEP únicamente revisa los planes de estudio, y es un negocio relativamente fácil poner una escuela privada, ya que basta con una sede física que en muchas ocasiones es pequeña y unos cuántos docentes que suelen tener varias materias y grupos de la misma materia, para poder abrir una.

Esto ha provocado varias problemáticas, como que no esté

garantizado un título válido ante la SEP, que el título sólo tenga validez dentro de un estado, o que la escuela no cuente con ninguna validez o lo pierda, lo que sería un esfuerzo que no sirvió para nada de parte del estudiante, o incluso una estafa. Otro problema es que puede que la formación que reciba una persona no sea tan buena, y no se aprenda lo que debería, lo que va a repercutir cuando tenga que aplicar los conocimientos adquiridos en la práctica laboral.

Otra cuestión es quiénes ocupan los puestos disponibles, qué deben hacer para quedarse con el lugar. La realidad es que muchas veces esos puestos se ocupan por conocidos o "amiguismos", eres recomendado por alguien que te conoce y es lo que importa para entrar, aún si no tienes una preparación o conocimientos adecuados para ejercerlo. Ya se pueden imaginar las consecuencias: desde trabajos realizados con mediocridad, hasta el hecho de que se promueve la corrupción; y un buen ejemplo de esto serían los sindicatos.

En principio los sindicatos fueron creados para defender a los trabajadores de los abusos de los patrones, por lo que su existencia era necesaria y se justifica, se basan en la organización de los empleados y sirven para llevar a acuerdos entre los patrones y sus empleados y para empoderar al trabajador, ya que una sola persona no puede contra toda una empresa, y para convencer al dueño se tienen varias estrategias, desde el diálogo hasta las huelgas o protestas, que tienen mucho peso porque generan pérdidas y caos. Sin embargo, muchos sindicatos cayeron ante la corrupción y la práctica del monopolio, con la venta de plazas o heredando el puesto a sus familiares, o hasta moviendo a la masa de empleados a intereses políticos. Esto lleva bastante tiempo arraigado en México, donde ha sido muy común en la SEP con los puestos de maestro, en el IMSS con los médicos y enfermeros, etc. Incluso en las universidades autónomas es común que sea el caso de sus trabajadores.

Esto ha provocado que sea extremadamente difícil entrar a esas dependencias anteriormente mencionadas para el común de la gente, siendo de plano imposible de lograr o por lo menos estando lleno de obstáculos, muchas veces lo que tienen que hacer para lograrlo es comprar una plaza, que puede tener un precio muy variado yendo desde unos cuantos miles de pesos a cientos o hasta millones, y el pago no siempre garantiza obtener el lugar, por lo que también se presta a estafas.

En mi experiencia, una de las cosas que cambiaría si pudiera regresar en el tiempo sería dedicarme por completo a los estudios, porque aunque suene contradictoria la idea de hacer un poco a un lado la escuela para tener mejores oportunidades, la verdad es que importa más adquirir experiencia, ser un buen estudiante no es lo que te servirá cuando salgas a buscar trabajo, sin embargo aunque pueda parecer obvio, a mí y a muchos nos vendieron la idea de que lo más importante era estudiar, nos lo repetían desde pequeños, y eso termina siendo contradictorio con la realidad. A la precaria condición de la actualidad, las empresas se dan el lujo de poner todas las exigencias que quieren para contratar personal, que incluso en redes sociales abundan las bromas digitales sobre cómo piden de requisito ser menor de 20 años y tener 5 años de experiencia laboral para ser tomado en cuenta, pero a pesar de ser un chiste de internet la realidad no está muy lejana a eso. Sólo me quedaría dar el consejo de que no esperen a terminar la carrera, que mejor busquen una oportunidad de pasantía en algún lado, desde el principio, para no empezar en ceros, ya que si algo le causa tedio a las empresas es dar oportunidades de aprendizaje a los jóvenes, aunque claro, eso no hace que valoren más a las personas mayores, aunque a estas les sobre la experiencia.

Esto me lleva al siguiente punto: la discriminación por edad, sólo te salvas de ella en el punto exacto, pero o eres demasiado joven para tener la experiencia que quieren o ya estás muy viejo y

curtido para ser explotado a gusto. Otra forma de discriminación relacionada a las etapas de la vida sería por la familia que tienes o no tienes, ya que por una parte las mujeres embarazadas son muy poco susceptibles de ser contratadas, a las madres solteras difícilmente se les toma en cuenta para un puesto, y de primera mano he vivido y oído cómo a nosotras nos preguntan (sin decirlo directamente, porque está prohibido) si tenemos hijos, quién los cuida, si estamos en pareja, cosas que no le preguntan tanto a los hombres, y ahí también entran los roles de género. Sin embargo, estos también viven cierta discriminación porque no son lo "suficientemente maduros" por no tener una familia, pareciera que buscan gente necesitada para que pueda soportar ciertas condiciones y en base a estereotipos.

En pocas palabras está culero chambear en México, pero qué opción queda. Es un problema de décadas sin una solución simple.

EL DESIERTO
COMO
SÍMBOLO EN
LEOPARDO AL
SOL DE LAURA
RESTREPO

Manuel Felipe
ÁLVAREZ-
GALEANO
Colombia /
Ecuador



Leopardo al sol, de Laura Restrepo, es una novela cuya temática es la violencia de un universo de insondables desiertos como la Guajira, y se evocan las características culturales de las familias de este departamento, entremezcladas con el conflicto generado por el negocio de la droga. El hecho principal es la venganza que Maní Monsalve cobra por el asesinato de su hermano Adriano, cometido por su primo Nando Barragán. A raíz de esto, comienza una sangrienta enemistad entre las familias Barragán y Monsalve. El escenario en que suceden los hechos se representa en algunos poblados de la costa atlántica, particularmente se hace mención constante al desierto, pero no es designado con nombre propio; de ahí parte entonces el interés de este trabajo que pretende describir la trascendencia estética que tiene tal lugar dentro de la función poética de la obra.

La primera mención que se hace del desierto en la obra viene desde el epígrafe de la primera página: «Más allá hay un desierto amarillo. Está manchado por la sombra de las piedras y la muerte

yace en él como un leopardo tendido al sol» (Restrepo, 1993, p. 4). Esta cita que la autora toma de Lord Dunsany de un notable influjo lírico es la misma que se encuentra al final de la obra para imprimirle un tinte expresivo a la consumación de las acciones y provocar una impresión de profundidad poética a la conclusión de su novela.

La aridez cobra un significado dinámico incluso en la nominación topográfica tal como puede verse en la historia que Nando Barragán le cuenta a Milena durante su recorrido agónico en la ambulancia: «una calle barrida por las polvaredas en un pueblo del desierto» (Restrepo, 1993, p. 4). Este aparte permite deducir que se trata de un pueblo de la Costa atlántica, en vista además de que la temática es el conflicto por el negocio de la droga en este lugar del país. También puede verse la imagen de la polvareda del desierto que enmarca el hecho que se está narrando, el momento cuando luego de la baleada que sufre Nando Barragán, este agoniza y comienza a confesarle a Milena las crueldades que ha cometido en su vida, en especial cuando asesina a su primo Adriano.

Nando Barragán se encuentra casualmente con Milena, con quien sostiene una relación años atrás, y le expresa sus sentimientos hacia ella, quien lo desdeña argumentando que ella no podría estar con alguien que estuviera en las tales andanzas, representándose ella, así como uno de los personajes quizás más provisto de virtud dentro de la obra. Cuando van en la ambulancia, Nando le relata las crueldades que ha cometido en todo el tiempo que han estado separados, mientras le expresa continuamente sus sentimientos, Milena lo escucha.

Empieza la relación factual hablando de sus primeras actividades ilegales en el contrabando al lado de su primo Adriano, a quien matara tiempo después. En este punto se hace una nueva mención del desierto dentro de un contexto que describe un

elemento relevante dentro de la cultura en este sector del país, específicamente el comercio: «Se inician en el negocio del contrabando olvidando una vieja tradición: hasta ahora sus dos familias, los Barragán y los Monsalve, han sobrevivido en el desierto del trueque de carneros y borregos» (Restrepo, 1993, p. 11). En este caso se describen implícitamente algunas de las actividades de los indígenas Wayúu, quienes a raíz de la escasa fertilidad de sus tierras incurren en actividades no siempre legales. La contrariedad y el abismo social, en un escenario de contrastes se refleja en cuadros en que la simbología toma una fluidez estética que alimenta el vigor expresivo de la narradora bogotana: «Mercedes aplastantes, que duermen la siesta como grandes saurios, haciendo una digestión lenta con eructos intestinos de diesel y gasolina [...] donde los ranchos son cosa de nada, los humanos parecen insectos» (Restrepo, 1993, p. 12). En este caso se plantea la imagen del desierto para describir la barbarie y la limitación de las condiciones en los poblados de esta región. Cabe anotar además que esa ostentosa aparición de carros lujosos hace remisión a la época en que la Guajira es una de las regiones donde que el narcotráfico tiene sus inicios, cuando aún no se expande por las grandes ciudades.

Cuando Nando Barragán asesina a su primo, lo lleva a enterrar en un lugar apartado en el desierto, encuentra un rancho donde vive un tío suyo, pasa la noche allí y su tío, provisto de una particular e irónica sabiduría, empieza a vaticinar la enorme tragedia que ha de venirse a causa del asesinato que acababa de cometer Barragán: «—Barraganes y Monsalves no podrán seguir viviendo juntos —dictamina solemne, y por su boca chimuela habla la raza—. Tendrán que abandonar la tierra donde nacieron y crecieron, donde están enterrados sus antepasados: serán expulsados del desierto» (Restrepo, 1993, p. 16).

Este dictamen acompaña a la mención del desierto, ya que permite reconocerlo como una premonición nostálgica, una

posible añoranza del lugar en el que alguien crece y no puede volver: «Desaparece el sol arrebatado, se apagan sus lenguas de fuego y Nando Barragán se ve encerrado en un cubo verde, inhóspito y silencioso, de paredes de baldosín. Se han desvanecido los colores ardientes del desierto» (Restrepo, 1993, p. 18). Esta es una de las descripciones más líricas que en la obra se hace al desierto, entrelazada con el dolor y la pena que siente Nando Barragán. Es la expresión melancólica que describe al arrepentimiento que posteriormente evoca: «Nando evoca el desierto, tierra de los antepasados, de donde Arcángel salió bebé para no volver. Le habla de indios desnudos que patean una pelota de trapo en un peladero de arena [...]» (Restrepo, 1993, p. 101).

Es clara la manifestación nostálgica del desierto, en el que creció y donde se han quedado sus pasos perdidos en el tiempo; además puede verse el influjo poético que tiene dicho escenario simbólico como figura, al que se le impregna un carácter divino con la figura de Arcángel, nombre por el cual se reconoce uno de los personajes, provisto de una clara profundidad psicológica. Esta parte marca entonces la intención estética del autor que busca provocar una impresión estética en el lector, por medio de una secuencia de imágenes que, por consiguiente, atienden al carácter diversificado y recursivo de la obra.

A raíz de la enemistad formada entre los Monsalve y los Barragán, se presenta el conflicto que se bipolariza; la primera familia se ubica en el puerto, mientras que la otra habita en los pueblos al interior del desierto: «Para la gente del desierto, la zeta, o sea el momento de ir a cobrar el muerto, era el punto estelar en una cadena de sangre» (Restrepo, 1993, p. 80). En este caso se refiere a la familia Monsalve, cuyos miembros incurren también en el camino del delito, y se muestra una de las características comunes de una familia dedicada al negocio de la droga, y es el momento en que se cobran deudas con sangre a quienes han atentado

contra sus intereses económicos, impulsados por la lucha del poder y la tierra, y cuando se atenta contra el orgullo personal y se implica algún integrante de la familia: «“Para un hombre del desierto la peor traición es que le toquen a la mujer”» (Restrepo, 1993, p. 89). En este caso se caracteriza nuevamente a un grupo social de los pueblos del desierto, y posteriormente se puede reconocer una vez más la tendencia vengativa de este tipo de personas: «[...] comprende la frase: es una vieja fórmula de gratitud entre la gente del desierto, que equivale a decir “tus enemigos son mis enemigos”» (Restrepo, 1993, p. 90).

La imagen simbólica de la aridez aparece también para describir la psicología, origen y costumbres de los personajes: «Nando era un hijo del desierto» (p. 66). Un aparte que ilustra lo antes afirmado es: «Toda esa blancura en el atuendo era deliberada, buscada a propósito para que resaltaran irresistibles sus ojos, profundos y negros como la noche del desierto» (Restrepo, 1993, p. 61). Puede verse que el desierto aparece como la base de la figuración; es el punto abstracto de metaforización de una de las características de Narciso, hermano de Nando, quien como se menciona en la cita, se reconoce por su banal deseo de ostentación. La profundidad expresiva en este caso hace alusión al firmamento despejado y oscuro de la noche en el dicho lugar, imagen comparada con los ojos de Narciso.

Una de las últimas manifestaciones textuales del desierto como imagen se vincula cromática y topográficamente con el mar: «Delante de él [de Nando] se extiende el mar, y atrás y a los lados, hasta donde ven sus ojos, la blancura caliza del desierto» (Restrepo, 1993, p. 132). Una vez más se da una descripción provista de evocación por parte de Nando Barragán; si bien no hay una figuración del desierto, sí es notable la intención estética si se analiza desde la licencia que se da para describir tal espacio entre una amalgama de colores y contrastes en los que se mezclan la añoranza y la sequedad, el recuerdo y la desdicha de

un destino marcado: «[...] lo sume en una melancolía soñolienta y quieta, característica de las gentes del desierto, y alarmante en cuanto tiene la propiedad del no retorno» (Restrepo, 1993, p. 166). Como puede contemplarse, el desierto se expone más que como mero un lugar geográfico, se entiende como un símbolo donde hay una constante relación con la psicología de los personajes de la historia, especialmente Nando Barragán, quien comparte algunas características que pueden abstraerse de aquel tópico. La aridez en las acciones de este cuando toma una venganza, la desolación intrínseca en la nostalgia, las arrasadoras polvaredas y borrascas en las que discurren su vida, la infertilidad del amor de Milena hacia él son las características que se dibujan entre la imagen del desierto y la vida de Nando Barragán, él es el leopardo fiero que se pierde en medio del sol desértico y de la agitación del destino.

Bibliografía

Restrepo. L. (1993). Leopardo al sol. Editorial Anagrama.

REBELIÓN EN LA CIÉNAGA

Qué duda cabe, legión, de que, si no lo han logrado ya, están en camino. Justo a la puerta de cualquiera de nuestras desventuradas casas la empresa de mensajería al uso ha depositado aquello que más necesitábamos para los siguientes diez minutos de nuestras infaustas existencias. Qué desasosiego para cuando pase un rato y necesitemos más y más, más dosis de anhedonia, más vacunas que disfracen este enorme y solitario nubarrón que siempre nos persigue. Para qué todo cuando al final la nada va a relumbrar como neón en viernes noche. Y lo místico, la magia que antaño caía sobre los hombros ha pasado a convertirse en una hazaña extática y virtual, símbolo e indicio del descenso de la raza humana hacia un proyecto zafio, necio, abyecto y espectacular basado en una nueva decadence que no va a ninguna parte. Dónde se atascó el brillo y por qué amanece hoy el limo que encastra cualquier huella para no dejarla ser. Cada palabra, a pesar de las musas y de las rutilantes estrellas que todos confundimos, debe ser reescrita parsimoniosamente para que la savia de la literatura alimente el vaso. Sin embargo, un ahora insaciable y hegemónico que se articula amenazante y que no es real lo emascula todo. A qué darle verso cuándo el alma de todas las cosas, de todos los deseos y excesos, está podrida de mediatez infinita y bajos instintos. Le rezo al dios de los pozos para libar con él los mejores versos..., y las gentes trajeadas que infunden odio

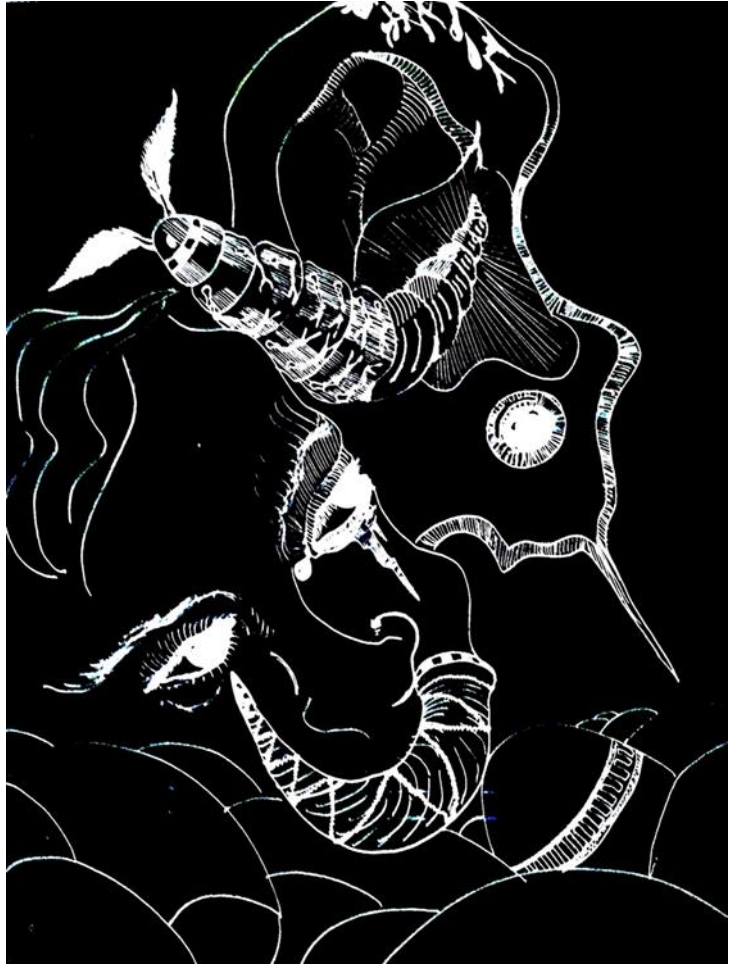
y desesperación me circundan a ver si salto o me callo, a ver si paso o me entran ganas, a ver si grito en dios o me dejo aplastar la cara contra la enorme mierda que parece ser todo.

Ángel González González,
Editor

Salvo que se señale algo distinto, todas las ilustraciones de esta sección son cortesía de Ángel González González (España).

RÉQUIEM PARA MARÍA NOCHE

Argentino
MOREIRA
RAMOS
Santa Fe
Argentina



Proletaria de la noche...
Camarada de luciérnagas y de grillos...
Quedó allá, muy lejos,
un azul tiempo de muñecas...
Las farolas de la urbe,
encandilaron tus eufóricos ensueños,
y quemaste las mariposas de tu octubre,
en la hoguera de vesánicos placeres...
Mataste, también al ruiseñor
del pálido poeta,
aquel, que tu encanto, sublimaba,
en cada madrigal...
Hoy, sólo luce tu semblante,

la hórrida tristeza,
de túmidas ojeras,
estigmáticas cucardas,
con que premia
la cátedra del vicio,
cuando ya su lampo desvanece,
el efímero esplendor...
En la calle de la vida,
ofreciendo tus lánguidos favores,
vas perdida en la niebla de tu eclipse...
hacia el osario profundo del olvido.

BABEL

Jorge Emilio
BOSSA
BERETTA
Córdoba
Argentina



El desconcierto reinaba entre las palabras.
No había conexión entre ellas.
La confusión se había instalado
en medio de sus letras.
Habían perdido la ilusión
y vagaban por el duro diccionario.
No lograban transmitir su real valía.
Se veían grises, opacas, frías...
Creían que así serían sus existencias
y se resignaban a ello,
a ser vocablos yermos...

De pronto,
dos manos las asieron,
las cobijaron...
Comenzaron a engarzarlas

y a hacerles ver cuánto se potenciaban
si había comunión entre ellas.

La cadencia comenzó a ordenarlas.
La lírica trajo al grupo la belleza extraviada.

Entonces, las manos del vate
las soltaron sobre una hoja de papel
y las palabras, plenas de armonía,
se convirtieron en poesía

GRITAR O
CALLAR

Luciana
LANGONE
Buenos Aires
Argentina



Todo lo callado
no importa
Sin embargo
es un pozo insaciable.
Todo lo que existe dentro
del pozo no puede verse
aunque grite.

ABUNDANCIA
VERDADERA

Damián
Jerónimo
ANDREÑUK
Buenos Aires
Argentina



Conozco el dolor de quemarse en la intemperie.
La ceguera que se gesta en el confort.
El fuego voraz de la lujuria
que lo devora todo.
Los palacios etéreos que construye el enamoramiento.

La abundancia verdadera con sólo dos manzanas.
El cielo prometido en los ojos de un bebé.
El potente susurro de los astros.

Los gritos azules de la rebeldía.
El instante dorado en que nace el amor.
El gris hartazgo de vicios inútiles.

Conozco la violencia incontrolable
de duras obsesiones.
La traición
como un golpe de sombras.
Vidas malogradas
donde siempre es de noche.

HOMBRE
ANCLADO EN
LA ARENA

José Agustín
GERMÁN
HERVIS
Matanzas
Cuba



Hay un hombre hecho de anclas en la arena
En sus manos se dibuja espuma blanca
Las pupilas un navío
Un delfín como auxilio
La muchacha ida en la vela
Madrugada en la gaviota
Lágrimas y mar
Arena extraña
Hay un hombre de anclas en la arena
Cuerpo convertido en verde alga
Los quejidos rotos por medusas
La mar le viste como escama
Un hombre de anclas en la arena
En las piernas clavados los arpones
Sin llantos sigue el curso de la estela
El velo de la novia entre las aguas.



Academia Literaria
de la Ciudad de México

josé antonio durand

EL BOLERO DE AQUILES

Adrián
DÍAZ
BARRIGA
CHÁVEZ
México



Eran tiempos difíciles, Mario tenía tan solo cuatro años, caminaba de la mano de su madre. A su corta edad no entendía lo que estaba pasando, su padre recién había muerto. Ese lamentable suceso dejaría en él una cicatriz difícil de borrar, enfrentaba, tal vez, el episodio más negro de su existencia.

Aquel cuarto donde pasaba los días de su infancia marcada por la miseria, le recordaba que salir adelante no sería fácil, cada mañana se levantaba dispuesto a continuar con esa constante lucha de supervivencia. Su madre intentaba mantener el equilibrio ante las grandes pérdidas que la atormentaban, no sabía hacia dónde dirigir sus pasos, pero la actitud de aquel niño le daba fuerzas para

no bajar los brazos ante la gran investida que la vida le propinó a sus escasos 22 años.

Años más adelante decidió seguir los pasos de su padre, quien solo había dejado: un cajón de bolero, diferentes herramientas y materiales para lustrar zapatos. Mario emprendió su propio vuelo, tuvo que dejar la escuela para dedicarse al oficio que un día su padre le enseñó, ser Bolero. Así que salió a la calle con aquel cajón que, para él, representaba una forma de vida diferente que el destino le estaba ofreciendo.

Caminaba por las calles de la gran ciudad, bares, cantinas, parques y avenidas, recorría buscando alcanzar la meta que él mismo se había trazado: ser el mejor lustrador de zapatos. Mario regresaba a casa agotado, aburrido, y con dolor en sus pies, sin embargo, se llenaba de alegría al entregar a su madre el producto de su esfuerzo, que representaba un paso hacia adelante en su corta vida. Poco a poco, se fue convirtiendo en un hombre honesto y de nobles sentimientos.

Cada día era una nueva experiencia, aquel muchacho estaba decidido a sobresalir y el destino le ofrecía una gran oportunidad. Un día, uno de sus clientes que trabajaba en una empresa importante lo invitó a conocer su lugar de trabajo, y lo recomendó para que fuera el bolero oficial de aquella compañía. Oportunidad que Mario estaba dispuesto a aprovechar al máximo, dejaría de caminar largas distancias.

Así comenzó su aventura empresarial a sus 18 años. Luego fue otra empresa y otra, sus ingresos habían aumentado, su madre seguía trabajando. Dejaron aquel cuarto donde había pasado sus días de infancia y se cambiaron a un departamento en la misma vecindad, con todos los servicios.

El destino había jugado a su favor, Mario se convirtió en un

hombre dedicado, trabajador y apreciado por los demás. Las empresas le dieron la fuerza que necesitaba, para poder realizar su sueño de convertirse en el mejor bolero de aquella delegación. Se acercó a la autoridad y solicitó un espacio que le permitiera tener su propio establecimiento fijo, sin dejar de trabajar para sus amigos y clientes ejecutivos.

Cuando terminó de lustrar mis zapatos, le pregunté:

—¿Es usted feliz, don Mario? —sí, me contestó—. Tengo aquí, en esta estación del metro casi diez años, y me ha dado muchas satisfacciones, mi vida cambió, tengo una familia y aunque yo no terminé ni la primaria, mis hijos fueron a la Universidad. Eso me hace muy feliz.

Me bajé de aquella silla, en el cielo aparecían algunas nubes que prometían aguacero, pagué por el servicio recibido más una propina y me metí al metro Aquiles Serdán, no sin antes despedirme de don Mario, con la promesa de volver.

NO TE
QUEDES TAN
CALLADO



Esther
TIRADO
México

- Hola, buen día.
- ...
- Ya no reconoces mi voz, ¿no es así?
- ...
- ¿O te quedaste pasmado porque te llamo?
- ...
- ¿Te alegra saber de mí?
- ...
- No esperabas oírme ¿verdad?... Pero no te quedes tan callado, di algo...
- ...
- Sí, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hablamos. Dos años cuatro meses y veinte días para ser exactos.
- ...
- Vamos, no te enfades. Lo que pasó no tiene importancia. No debes haber echado mucho de menos mi ausencia, sólo cuando los compromisos de negocios lo exigían, supongo, y en esos casos, debes haber inventado alguna excusa, para eso eres experto.
- ...
- Por supuesto que pensé en cómo y lo que habíamos vivido. Por eso lo hice. También tú debes haber reflexionado mucho el por

qué, aunque demasiado tarde. Espero esa experiencia sea para tu bien.

— ...

— No seas irónico, para mí también fue una buena prueba y me dejó mucho conocimiento, fue un aprendizaje inigualable.

— ...

— Sé que me buscaste mucho sin poder encontrarme. Me he dedicado a viajar por todo el mundo, primero conociendo las ciudades que no conocía, después buscando insólitos y exóticos sitios donde establecerme. He peregrinado incansable-mente por ciudades maravillosas y pequeños poblados, y por asombroso que parezca añoro los extravagantes y originales sabores de mi país, los lugares que evoco, entraño y sueño con ellos.

— ...

— No me estoy poniendo romántica ni cursi, soy la persona que nunca conociste.

— ...

— Te llamo porque sé que necesitas ayuda para resolver los problemas de casa, se fueron algunos empleados de mucho tiempo y con los nuevos no es lo mismo. También careces de mi firma para vender algunos inmuebles que están a nombre de los dos, tengo los documentos de la empresa que me acreditan como socia tuya, es necesaria mi presencia en algunos casos pues sigo siendo parte del negocio, y un etcétera de muchas cosas; como no nos divorciamos me siguen perteneciendo. Así que no te pongas tan escrupuloso, ni atrevido y menos temerario.

— ...

— Conservo amistad con varias conocidas mutuas. No te diré nombres, tú debes saberlos. Ellas me pusieron al tanto de lo que sucede.

— ...

— No le des tanta importancia a quienes fueron, al final yo tomé la decisión de ponerme en contacto contigo, a ellas les pedí que no te comunicaran nunca donde me encontraba. Ellas me platicaban cuanto pasaba, para eso hay teléfonos y videos. De todos modos,

yo lo sabía. ¿Crees que no sé cómo funcionan los trabajos? No he olvidado nada de nuestra vida pasada y asuntos personales.

— ...

— Si sigues tratando de pelear, colgaré y tendrás que buscarme.

— ...

— Obvio ya terminé estas largas y espléndidas vacaciones.

— ...

— Ja, ja, ja, no necesito que me perdones, tú eres el que necesita que yo perdone tu indiferencia y falta de amor. Si no fuera por eso hubiera seguido a tu lado.

— ...

— La que pone condiciones soy yo. Tú requieres de mi presencia más que yo. Piensa en tu interés, en las transacciones que no puedes hacer sin mi firma, cómo funciona la casa cuando somos anfitriones de tantas personalidades y... en lo que gozabas esas escasas noches de excesos que tuvimos, cuando nuestros cuerpos eran solo uno y nos adentrábamos en un paraíso insondable, sibilino, al que nos conducía el orgasmo.

— ...

— Yo puedo seguir viviendo como lo he venido haciendo, muy feliz lejos de ti. No sé tú.

— ...

— Te quedaste otra vez sin palabras. Piensas en las empresas o...

— ...

— Muy bien, medítalo, cuando decidas me lo comunicas.

— ...

— ¿Estás seguro?... ya lo pensaste bien, si así lo quieres, que sea como tú desees. El pasado será pasado. Nuestras vidas seguirán unidas.

MIS
LÁGRIMAS

Leví
GARCÍA
MORALES
México



Recuerdo que me dijo: "Te he tratado como mi esposa, con delicadeza, como a una dama"

Le contesté: "Ese es el problema. Tú, siempre te comportaste como un caballero. En tus largas ausencias por el trabajo, encontré unas manos fuertes y atrevidas que oprimían mi cuerpo por aquí, por allá y por acullá, que me hicieron sentir lo que no había disfrutado en veinte años ¡me hace sentir mujer! ¡ÉL NO ME RESPETA!"

Con estas palabras terminé mi relación con un caballero. Como corresponde, pagó los gastos del divorcio, los honorarios de mi abogado y con toda honradez vendió el patrimonio reunido en veinte años y abrió una cuenta bancaria a mi nombre con lo que me correspondía.

Esas manos fuertes y atrevidas me llevaron a un pequeño y modesto departamento en renta. En pocos meses esas manos se cansaron y se terminó el espejismo del disfrute.

Rápidamente disminuía la cuenta del banco, mis gastos

aumentaron, sin que hubiera retorno para evitar que se agotara.

Decidí con lo que quedaba en el banco, abrir un pequeño restaurante con servicio de desayunos y comidas.

Conseguí una extraordinaria cocinera y rápidamente la fama de los exquisitos platillos corrió como pólvora en todas las oficinas del entorno.

No pensé por varios años en una nueva pareja.

La preparación de los alimentos ocupaba todo mi tiempo, disfruto atender a los clientes y ese momento aumenta cuando se despiden con una sonrisa de satisfacción y agradecimiento por el servicio y sazón de los alimentos.

Inspeccioné los detalles de los cubiertos en las mesas, satisfecha, me dirigí a la entrada, como todos los días, recibo a los clientes para guiarlos a su mesa.

Un auto de lujo se estacionó a unos metros de la entrada del restaurante, descendió un hombre elegantemente vestido, rápido recorrió el contorno del coche para abrir la portezuela del copiloto y ayudar a su acompañante a bajar, después de ofrecerle su mano como apoyo.

Era mi exesposo con su pareja, les di la bienvenida como a todos los comensales, ambos nos sorprendimos de ese encuentro, sin ninguna otra palabra, aunque por dentro quería gritarle que lo extrañaba, los conduje a su mesa, se sentaron, les entregué las cartas del menú y me retiré.

Rápido fui al baño, para respirar profundo y secar MIS LÁGRIMAS

EN EL PAÍS
DE LA
ABUNDANCIA

Antonio
SAADE
México



Sentado sobre una piedra a la entrada de su choza, Facundo barajaba sus opciones sin saber qué hacer. Temprano por la mañana, el patrón le había mandado decir que ese mismo día debía dejar la milpa; que se llevara lo que pudiera y abandonara lo demás. Le dijeron que el patrón estaba cansado de la vida del campo y de tener sus tierras ocupadas por desarrapados. Facundo debía marcharse.

Facundo se quedó inmóvil. Por un momento, creyó haber oído mal; ahí estaba su historia, sus posesiones, su vida. No era arbitrario, era cruel. Peor aún, era absurdo. Su familia y la de su mujer habían vivido por generaciones en esas tierras que habían trabajado hasta sangrar. Ahora apenas les alcanzaba para sobrevivir, pero era lo suyo. Era lo único que tenían. Para el patrón, estas tierras eran solo un número en sus cuentas. Para Facundo, eran todo. Abandonarlas era una locura, pero sabía lo que significaba llevarle la contraria. Él mismo lo había visto y tenía miedo de la embestida. Quizá sería mejor hacerse a un lado y simplemente huir.

—¿Cómo así nada más, viejo? ¿Adónde vamos a ir? ¿Qué vamos a hacer con todo? ¿Qué vamos a hacer nosotros? Habla con él. Dile

que no lo haga, que no puede corrernos. Anda, apúrate, ve a verlo. Dile.

—Lo sé, vieja, pero ya lo conoces —dijo el hombre con voz lenta—, no es nada más ir a platicar.

—¡Pues entonces haz algo! No podemos irnos así.

—¿Y qué quieres que haga? —dijo él, apenas moviendo los labios—. Ya viste lo que les pasó a los Martínez.

Todos recordaban cuando el patrón visitó a los Martínez. Había llegado sin anunciarse, acompañado por tres municipales que arrastraron a Mateo frente a su jacal. Decían que no pagaba. Que no trabajaba. Lo molieron a golpes mientras sus hijos lloraban. Aunque no se movía ya, siguieron golpeándolo. Cuando terminó todo, se fueron como si nada, dejando un silencio que todavía resonaba entre los árboles.

Marido y mujer discutieron buena parte de la mañana. Se aferraron uno al otro con la fiereza del que no tiene a dónde ir. Las palabras se fueron apagando hasta volverse llanto. Lloraron con la impotencia de quien carece de todo. Cuando el sol caía casi sobre el horizonte, ya no quedaba nada que agregar.

Con la mirada opaca, Facundo se alejó unos metros de la casa y se quedó un buen rato en el plantío, solo. El maizal lo recibió con ese rumor leve que hacen las hojas al rozarse, como si respiraran. Había un olor tibio a tierra húmeda y a tallos tiernos, el mismo aroma que lo acompañó desde niño.

Su mujer no hablaba, pero él la vio clavar las uñas en el borde del delantal, como si quisiera sostener la tierra que les quedaba.

Facundo pensó en sus hijos, que alguna vez corrieron entre esos

surcos. Pensó en su mujer y en las noches que pasaron imaginando un futuro mejor. Caminó hacia adentro, sintió cómo las hojas le acariciaban los brazos y pensó que esas plantas crecían con la misma paciencia que creció su familia, un día por vez, sin prisa y sin que nadie las ayudara. Aún faltaban unas semanas para la cosecha; el grano estaba prometiéndolo y, por primera vez en años, parecía bueno.

Iría a ver al patrón.

Volvió despacio a la casa y tomó la escopeta, un arma vieja que ya había perdido el brillo; desde hacía varios años, Facundo solo la había tocado para limpiarla. Cuando la agarró esta vez, lo hizo como quien formula un juramento. Cargó con calma los cartuchos y, sin voltear a ver a su mujer —que lloraba acurrucada en una esquina con la mirada fija en él—, comenzó a andar rumbo a la casa grande.

EL ACUERDO

César
NAVAGÓMEZ
México



Sentada en el sofá, Patricia espera con impaciencia a que Rodrigo llegue. Le dijo que a las siete de la noche en punto estaría con ella. Ya han transcurrido quince minutos y la ansiedad la consume. ¿Se arrepentiría de nuestro trato...? —piensa, ¡no!, ¡no creo!, él como yo hemos platicado mucho del tema. La última vez, en el café, lo vi resuelto. El no es un hombre que falte a su palabra.

Al fin, luego de 30 minutos, el timbre de la entrada suena. Patricia abre la puerta y se topa con la mirada firme de Rodrigo, su esposo.

—¿Qué te pasó? ¿Por qué no llegaste a la hora en que quedamos?

—No pude, mujer, se me dificultó imprimir el acuerdo.

—Pero... ¿ya traes todo lo que necesitas?

—Sí, todo. Lo puse en este maletín.

—¿Quieres entonces que llame a Marcos?

—No, todavía no, necesito que primero me firmes el acuerdo.

—Ah, ¡sí!, préstame una pluma.

—¿Quieres leerlo, antes de que lo firmes?

—Pues... no, no, confío en ti.

—Yo diría que primero lo leas. Qué tal que se me hubiera olvidado alguna cláusula y luego vayas a quejarte de que no asenté debidamente nuestro acuerdo.

—Tienes razón, déjame leerlo.

—En lo que lo lees, iré al refri, tengo ganas de tomar un yogurt.

Cuando el hombre llega de nuevo a la sala, Patricia le dice:

—Ya lo leí y estoy de acuerdo, va en los términos en que ayer quedamos.

—Pues sí, pero... quieres pensarlo otra vez, o ya de plano lo firmas y le damos fin a esa historia.

—¡No!, me mantengo en nuestro acuerdo, hay cosas que no pueden remediarse. Ya ves, psicólogos y hasta psiquiatras nos han dicho que su caso no tiene remedio.

—Así es, doce años se nos han ido entre problemas, enojos, especialistas y nada, no hemos logrado nada con los problemas de conducta de nuestro hijo Marcos.

—Bueno, pues... ¡lo acordado, acordado! Fírmame el documento de responsabilidad compartida.

—Sí, claro, pásame la pluma.

Al tiempo en que Patricia firma el documento, Rodrigo abre el maletín.

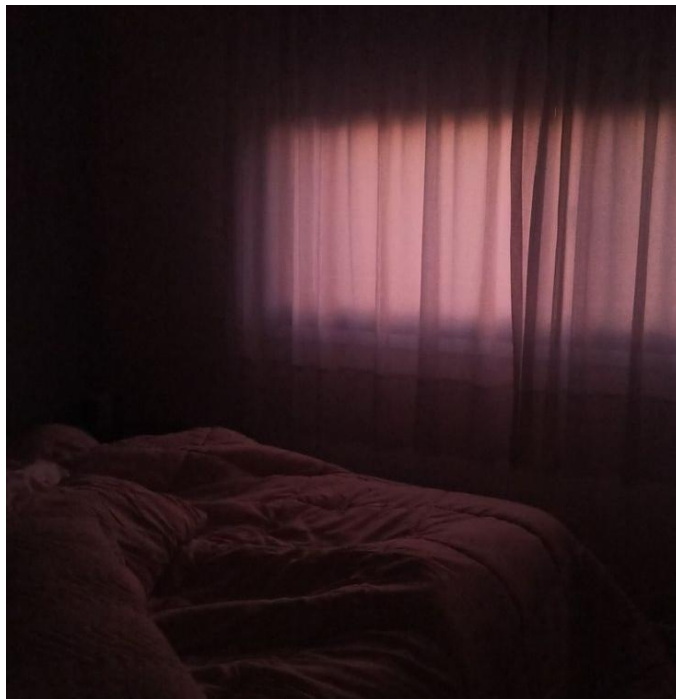
—Listo, ya te firmé el acuerdo. ¿Llamo a Marcos?

—¡Sí!, llámalo.

Cuando Marcos llega a la sala, Rodrigo, su padre, le da un balazo en el corazón.

LA HUELLA DEL
ÚLTIMO
AMANECER

Patricia
SÁNCHEZ F
México



Cuando el reloj de la torre dio las tres de la madrugada, Lucía Hernández comprendió que la verdad no llegaría sola; habría que arrancarla como se arranca una confesión al borde de la muerte. El pueblo de Comalatitlán, envuelto en niebla perpetua, parecía dormir, pero sus sombras —esas sí— estaban despiertas.

I
Lucía regresó tras ocho años de exilio voluntario. Se había marchado a la ciudad con una maleta, un diploma a medio terminar y un corazón roto por Enrique Maldonado, el hombre más carismático, más talentoso... y más mentiroso de Comalatitlán.

O al menos eso decían.

Ella, sin embargo, no lo supo hasta demasiado tarde.

La casa de su infancia olía a papel viejo y a recuerdos que no pedían ser recordados. Sobre la mesa encontró un sobre

amarillento, sin remitente. Dentro, una sola frase:

“No confíes en nadie. Ni siquiera en ti.”

— Qué oportuno... —murmuró Lucía con ese sarcasmo que usaba para no quebrarse.

No tardó en enterarse de que el pueblo seguía obsesionado con el mismo misterio de años atrás: la desaparición del Padre Salvador, un sacerdote querido y temido, un hombre del que se decía que había sido santo, y pecador, y mártir... o simplemente humano.

Y el principal sospechoso, aún después de tanto tiempo, seguía siendo el mismo: Enrique Maldonado.

II

Enrique reapareció la misma noche del regreso de Mónica, como si hubiera estado esperándola desde siempre.

—Te ves igual —le dijo él, apoyado en la barandilla de la plaza, la sonrisa ladeada— Igual de peligrosa.

—Tú también —respondió ella—. Igual de encantador y sospechoso.

Él rio, un sonido cálido que la desarmaba como antes.

— Dicen que maté a un cura. ¿Te lo imaginas? Yo, que apenas puedo matar una planta.

— La dejaste morir, Enrique. Eso es abandono, no asesinato.

— Punto para ti.

Pero detrás del humor había algo más: culpa. Lucía lo notó. Lo había amado lo suficiente como para reconocer ese brillo turbio en sus ojos.

Cuando caminó de regreso a casa, sintió que alguien la seguía. Volteó varias veces. Nada. Solo el eco de sus propios pasos... hasta que una piedra cayó a su lado con un golpecito seco.

Un mensaje atado a ella:

“Él no es quien crees.”

III

Lucía decidió investigar. No por Enrique, se dijo mil veces, sino por ella misma. Por el pasado que aún la amarraba.

Visitó la iglesia abandonada. Tras la desaparición del Padre Salvador, nadie quiso hacerse cargo del templo. Las ventanas estaban rotas, y el altar cubierto de polvo.

Allí encontró a la última persona que esperaba: la hermana Ema, la religiosa más severa —y más críptica— que había conocido.

— Regresaste al fin —dijo la monja, sin sorpresa alguna.

— Vine por respuestas.

— Entonces prepárate para pecar. La verdad siempre exige un precio.

Lucía tragó saliva.

— ¿Enrique... realmente lo hizo?

Un silencio denso.

— Enrique no fue el pecado —respondió la monja—. Él fue la consecuencia.

Y antes de que Lucía pudiera preguntar más, la monja dejó caer un objeto en sus manos: un diario negro, con el nombre del Padre Salvador grabado adentro.

— Léelo. Pero recuerda: no hay redención sin pérdida.

IV

El diario revelaba un secreto que nadie habría imaginado:

El Padre Salvador había estado enamorado. De una mujer. Y no de cualquier mujer, de Ema, la entonces joven novicia.

El amor prohibido los consumió. El sacerdote había decidido abandonar su ministerio. Iban a marcharse del pueblo. Pero alguien los descubrió. Alguien que no podía permitir el escándalo. En la última página del diario, una frase sin terminar:

“Si algo me ocurre, fue...”

La tinta se cortaba ahí, como si alguien lo hubiera arrancado del mundo junto con sus palabras.

V

Lucía buscó a Enrique de inmediato.

— Tú sabías todo esto —lo acusó, mostrando el diario.

Enrique bajó la mirada.

— No todo. Solo una parte.

— ¿Por qué no hablaste?

— Porque nadie me habría creído. Y porque... yo estuve allí la noche en que desapareció.

El corazón de Lucía latió como un tambor.

— Enrique, dímelo.

Él respiró hondo, como quien decide finalmente levantarse del abismo.

— Fui a la iglesia porque Salvador me llamó. Quería que protegiera a Ema. Dijo que alguien los amenazaba y que no confiaba en nadie más. Cuando llegué, él ya no estaba. Solo encontré sangre.

— ¿Y Ema?

— Desaparecida. Pensé que ella...

— ¿Que lo mató?

Silencio. Uno largo, acusador.

— Sí —susurró.

Lucía retrocedió. El mundo se desarmó por un instante.

VI

Esa misma noche, Lucía decidió enfrentar a Ema.

La encontró rezando ante la antigua pila bautismal, como una estatua rota.

— ¿Qué hiciste? —preguntó Lucía sin rodeos.

La monja levantó la vista con una tristeza infinita.

— Lo amé. Ese fue mi crimen. Y fui cobarde. Ese fue el segundo.

Ema confesó entre lágrimas:

El arzobispo local —un hombre poderoso, aún vivo— descubrió el romance. Para evitar el escándalo, ordenó “corregir la situación”. Salvador se negó, y Ema huyó por miedo, sin saber qué ocurrió después.

— No lo maté —repitió—. Pero tampoco lo salvé.

— Entonces ¿quién lo hizo? —insistió Lucía.

Ema abrió la boca... pero un ruido los interrumpió. Una sombra cruzó el pasillo.

VII

Lucía corrió tras ella. Salió al atrio, donde el viento parecía cortar la piel.

La sombra se detuvo.

— No deberías estar hurgando tanto —dijo una voz ronca.

El arzobispo Varela emergió de la oscuridad, envejecido, pero con la misma soberbia que todos recordaban.

— Usted —susurró Lucía—.

— Yo preservé el orden. Ese cura perdió su camino. Su amor era un escándalo. Había que... corregir.

— ¿Lo mató?

El arzobispo sonrió, la sonrisa de quien se cree dueño del perdón ajeno.

— Digamos que lo encaminé al silencio.

Antes de que pudiera acercarse, Enrique apareció de improvviso, cubriéndola con su cuerpo.

— Aléjate de ella —advirtió.

El arzobispo rio.

— Siempre tan heroico, Enrique. Aunque sigues sin entender: tú no eres más que un testigo inconveniente.

Entonces el arzobispo sacó un arma.

El disparo retumbó en la noche.

VIII

Enrique cayó de rodillas, la sangre manando de su hombro. Lucía gritó su nombre.

El segundo disparo nunca llegó.

Ema, temblando pero decidida, había golpeado al arzobispo con un candelabro, derribándolo.

— Ya no voy a huir más —dijo ella, respirando como quien vuelve a nacer.

La policía llegó pronto. El diario, el arma, la confesión grabada en la cámara del móvil de Enrique. Todo bastó para arrestar al arzobispo.

Comatitlán miró al fin hacia la luz.

IX

En el hospital, Enrique abrió los ojos y encontró a Lucía a su lado.

— ¿Sigues aquí? —susurró.

— No pienso irme —respondió ella, con suavidad.

— Te hice daño. Te mentí. Te alejé.

— Sí —dijo Lucía—. Pero también me amaste cuando nadie más lo hizo. Y me esperaste. Eso vale algo.

Él sonrió, débil.

— ¿Podemos empezar otra vez?

— Solo si prometes no enamorarte de ninguna otra monja —dijo ella.

— Prometido.

Afuera, el amanecer comenzaba a trepar por las montañas.

X

Semanas después, durante la restauración de la iglesia, encontraron una caja enterrada junto al muro norte.

Dentro, la última página del diario del Padre Salvador.

La frase completa decía "Si algo me ocurre, fue Lucía"

LA VIDA DE
CHUCK

Carlos
HIDALGO
VILLALBA
España



*Chuck estaba ansioso por tener una hermanita
y también estaba ansioso por tener padres.
Pero nada de eso sucedió
por culpa de una capa de hielo
oculta en un puente de la autopista 55.
Chuck no estaba en el coche
cuando sucedió, porque sus padres
habían salido a cenar.
Esa noche lo estaban cuidando sus abuelos.
Tenía 7 años. Durante una año y medio*

*fue un lugar de absoluta tristeza.
 Los abuelos no solo habían perdido
 a su hijo y a su nuera,
 sino también a su nieta,
 que hubiera nacido 3 meses después.*

La película, basada en un relato de Stephen King, y dirigida por Mike Flanagan, se construye con una narrativa no lineal que fragmenta la existencia de Chuck (Charles Krantz), un hombre corriente, en distintos momentos de su vida.

El filme adopta una estructura tripartita en orden inverso, envolviendo al espectador en un viaje de pérdida y memoria, que invita a contemplar la muerte no como un final, sino como una sinfonía de recuerdos y gestos mínimos. La voz en off del narrador funciona como metáfora de la memoria humana: no sigue un orden cronológico, sino que se activa por asociaciones, emociones o estímulos externos.

El primer capítulo corresponde en realidad al último tramo de la vida de Chuck, interpretado por Tom Hiddleston, personaje que se enfrenta a un tumor cerebral a los 39 años, mientras el mundo parece desmoronarse. Desastres naturales, suicidios colectivos, junto con la caída de internet y de los sistemas de comunicación, anuncian un planeta al borde del colapso.

En medio de este caos, surgen misteriosos mensajes que agradecen a Chuck sus 39 años de existencia. El cierre de este tramo, tan aterrador como espectacular, cobra sentido más adelante gracias a un poema de Walt Whitman.

El segundo capítulo muestra a Chuck rebosante de alegría, aún sin saber que padece una enfermedad terminal, contrastando su vitalidad contrasta con el sombrío primer acto. Una escena vibrante lo retrata bailando junto a Annalise Basso al ritmo de la batería de una artista callejera interpretada por Taylor Gordon,

dejando para la historia una coreografía memorable que simboliza la celebración de la vida.

El tercer capítulo retrocede a la infancia del protagonista que, tras perder a sus padres en un accidente, se muda a casa de sus abuelos. Su abuela, apasionada de los musicales, le transmite el amor por el baile, mientras su abuelo insiste en la importancia de las matemáticas.

El comentario con el que comenzamos este análisis es el relato con el que empieza el tercer acto.

La casa de sus abuelos guarda un gran misterio. En la última planta, en forma de cúpula, hay una habitación cerrada con candado a la que tiene prohibida la entrada.

Este tramo revela los enigmas planteados en los anteriores y conecta con el mantra que acompañará a Chuck toda su vida: "Yo contengo multitudes", verso de Whitman que da sentido a la obra.

Flanagan ofrece una película extraña e hipnótica, que intenta recordarnos que cada individuo, por insignificante que parezca, es especial, pues la suma de experiencias, recuerdos y relaciones conforma el universo único de cada persona.

Otro de los temas centrales es el *memento mori*: la conciencia de la muerte como parte inseparable de la vida. En este sentido, nos invita a confrontar la ansiedad existencial que genera la finitud, pero también a descubrir en ella un motor para vivir con plenitud. Como señalaba Viktor Frankl, la conciencia de la muerte otorga sentido a la existencia porque nos obliga a valorar cada instante.

La vida de Chuck es mucho más que una narración fantástica, es una exploración psicológica de la memoria, la identidad y la aceptación de la muerte.

Nos recuerda que los fantasmas que nos acompañan son

nuestros recuerdos, que la muerte es inevitable, pero no necesariamente trágica, y que cada vida, incluso la más sencilla, merece ser celebrada.

GALERIA DE
POESÍA VISUAL

Muestra de:
toni prat
©Derechos Reservados





Imágenes:

<https://www.boekvisual.com/toni-prat?lightbox=datatem-j2aozwga2>

<https://www.poemesvisuals.com/search/label/poemes-objecte>

ensentidofigurado

ensentidofigurado

ensentidofigurado

ensentidofigurado

ensentidofigurado

ensentidofigurado

ensentidofigurado

ensentidofigurado